7340

Morada histórica

juguete cómico en tres actos original de

Alexandre Bissot y J. Berr de Turique

Traduccion Española

de

Ricardo Blasco

Estrenado en Madrid en el Teatro de la Comedia el 14 de Marzo de 1901.

Ejemplar impreso para servir como manuscrito y esclusivamente para las necesidades de la representacion.

FLORENCIO FISCOWICH
POZAS · 2, - 2°.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/moredahistrica00biss

¡MORADA HISTORICA!

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galería lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡MORADA HISTÓRICA!

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN FRANCÉS POR

A. BISSON y J. BERR DE TURIQUE

adaptación española de

RICARDO BLASCO

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 14 de Marzo de 1901

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1901

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARGARITA (24 años).....	Sra.	Pino.
CLOÉ (40 años).....		Rodríguez.
GENOVEVA (18 años).....	Srta.	Bremón.
CLADIO BARROIS (30 años).....	Sr.	García Ortega.
COLOMBIN (52 años).....		Rubio.
GASTÓN BAUDOIN (32 años).....		La Riva.
CABRIAC (50 años).....		Mora.
FEDERICO (25 años).....		Gonzálvez.
DOCTOR DUFRESNOIS (60 años).....		Vallés.
FRANCISCO (50 años).....		Mendiguchía.

Varios touristas

La acción en la finca de Fontenelles, en una localidad próxima á París.—Época actual, en primavera ó verano

ACTO PRIMERO

Un gran salón estilo Luis XV, puro. Al fondo: Dos anchas ventanas á través de cuyos cristales se ve un extenso parque. A la izquierda, formando ligero chaflán, ancha puerta con vidrieras, abierta sobre el mismo jardín. A la izquierda, y haciendo juego con la puerta del jardín, otra ancha puerta, cubierta con un gran tapiz, que comunica con las habitaciones interiores. Entre las dos ventanas un biombo, y delante de éste una butaca. A la derecha: en primer término, puerta de una hoja y encima un retrato de J. J. Rousseau. Segundo término, una vitrina. Tercer término, puerta de una hoja. A la izquierda: Primer término puerta de una hoja, y sobre ella un retrato de Colombin en actitud reflexiva, actitud de la figura, tamaño del cuadro y marco análogos al de Rousseau, solamente se nota que el marco es imitado y nuevo. Segundo término, chimenea con espejo. Tercer término, puerta de una hoja. En la escena, á la derecha, mesita y cerca sillas y butaquitas. A la izquierda una mesa más grande con un gran album abierto; recado de escribir. Delante de una de las ventanas un clavicordio. Delante de la otra, una mesita. Muchos bibelots y figuritas, bustos, etc., sobre las mesas y en la vitrina. Marcado carácter auténtico de la época Luis XV en todo.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO, varios visitantes, luego, CLOÉ y COLOMBIN

(Al levantarse el telón, una docena de visitantes, de todas castas y pelajes, andan de un lado á otro del salón examinándolo todo curiosamente. Se distingue entre ellos un señor de edad que todo lo palpa,

lo examina con un lente, con grandes gestos de admiración. Francisco, de librea con la gorra puesta, está cerca de la puerta que da al jardín, indicando con el ademán á otros visitantes que van llegando, que pueden pasar y vigilando las idas y venidas de todos. El Soldado y la Maritornes aparecen en la puerta, de los últimos, cogiditos de la mano, en actitud de gran timidez y aire estúpido, como si se hubiesen colado de rondón en un sitio que ignoran lo que sea y del cual no comprenden una palabra de lo que es ni por qué aquellas gentes lo visitan. Francisco recita su explicación con cierta fatuidad y con aire autoritario, pero con cierta monotonía como quien repite una relación aprendida de memoria y sin darle casi sentido, como un canturreo. Cuando la interrumpe para hacer alguna observación, cambia de tono y lo hace con bastante brusquedad, como un guarda ó un agente de orden público á persona que infringe los bandos de la autoridad.)

FRAN. Por aquí, señoras y señores. Comenzaremos por el salón principal. El salón de Juan Jacobo. Pase usted, militar La entrada es pública. (Adelantándose al centro. Los visitantes, en su mayoría, forman grupo á su alrededor. El Señor de edad junto á Francisco, pendiente de sus explicaciones, como si bebiera sus palabras El Soldado se arrellana en un sillón junto á su compañera que se sienta en otro. Algunos visitantes siguen registrándolo todo. El ciclista saca la petaca y se pone á liar un cigarrillo.) Se ruega á las personas que visitan esta morada histórica firmen en el registro. (Indicando el album.) Puede añadirse una reflexión, una frase inspirada, un pensamiento delicado. (Al militar.) No se permite sentarse en las sillas. (El militar y la chica se levantan asustados y van á arrullarse junto á la chimenea. Otros visitantes escriben en el album.) Señoras y señores: La finca de Fontenelles que tienen ustedes el honor de visitar bajo mis modestos auspicios fué en 1763 la morada del célebre *filosófo* Juan Jacobo Rousseau, autor de *La Nueva Eloisa*, el *Contrato social*, *Las confesiones*, *Emilio* y otras *analógas*. El gran hombre recibió aquí la visita de otras personas *analógas*. Entre estas *paderes* concibió pensamientos notables; aquí resonaron aquellas palabras elocuentes... (Viendo que el ciclista enciende el ci-

garrillo.) No se permite fumar... palabras elocuentes.. (A! ciclista.) ¿Es usted sordo? ¡Para fumar aquí hay que salirse fuera!... Palabras elocuentes que salieron de sus labios.. (A otros visitantes que remueven y palpan los bibelots.) ¡No se permita tocar á los *ojectos!*... ¡En este mismo salón, sobre esta mesa, escribió páginas resplandecientes su pluma brillante! (Abriendo un estuche del cual saca una pluma de ave.) Esta es la pluma brillante de Juan Jacobo Rousseau, reliquia preciosa, cuidadosamente conservada...

SEÑOR (Aparte á Francisco.) Diga usted, ¿no podría vendérmela?

FRAN. (Cerrando el estuche.) No señor. Aquí, señoras y señores, todo es de la época. (En este momento aparece Cloé por la segunda puerta derecha; ve el grupo y exclama:)

CLOÉ ¡Más turistas! ¡esto es insoportable! (Vase furiosa.)

FRAN. (Continuando su relación.) Todo es de la época de Juan Jacobo Rousseau.

SEÑOR ¿También esa señora? (Por Cloé.)

FRAN. No señor. Esa es la hermana del actual propietario de esta morada histórica. (Aparte.) ¡Una estantigua! (Alto.) Este retrato es el retrato en persona de Juan Jacobo Rousseau. Vean ustedes esa severa mirada que parece decir á los tiranos: (Monótonamente y sin expresión.) ¡Temblad! ¡Temblad! ¡Vuestro reinado va á concluir; la revolución se acerca!... Por aquí, señoras y señores. (Pasando al otro lado.) Apártese usted, militar. (Indicando la mesa grande.) Esta es la mesa de Pablo Coudray. En 1894 adquirió la propiedad de Fontenelles Pablo Coudray, poeta ilustre, novelista célebre. En esta mesa compuso sus obras más notables: *Las alas rotas*, *El alma femenina*, *El misterio inefable*, *La agonía de un corazón*, *Los besos mortales* y otras obras *análogas*.

SEÑORA ¿Los besos mortales?

FRAN. Sí, señora, un tomo de poesías en verso. Hace seis meses Pablo Coudray abandonó súbitamente esta localidad...

SEÑORA Sí, á causa de una aventura amorosa...

SEÑOR ¡Ah! ¿Una mujer?

FRAN. Naturalmente; no iba á ser un coracero.... Una mujer; casada mismamente. Muy guapa, según dicen.

SEÑORA Sí. Todos los periódicos lo contaron. Pablo Coudray se fué con ella al extranjero.

SEÑOR ¿Y el marido?

FRAN. Estaba ausente. En Madagascar, donde continúa...

SEÑOR ¿Ignorante?

FRAN. ¿Cómo dice usted? (Picado.)

SEÑOR Me refiero al esposo.

FRAN. ¡Eso varea! Después de la fuga del señor Condray, compró la morada de Fontenelles su actual propietario, el señor Estanislao Colombin, industrial retirado y conocido inventor.

SEÑOR ¿Qué ha inventado?

FRAN. El botón Colombin, de doble espiga invertida y presión automática. (Por la puerta derecha del fondo aparece Colombin, que sin hacer ruido y procurando no ser visto, se acerca al grupo y escucha.)

COL. (¡Hola! Hoy tenemos muchos visitantes!)

FRAN. El señor Colombin, protector ilustrado de las letras y las artes, miembro de varias Sociedades humanitarias, considera un deber (Colombin sigue con movimientos de cabeza la relación monotona de Francisco, como satisfecho de oir una lección bien aprendida) y tiene en ello un placer, el abrir al público respetable é inteligente, (Saludando al corro.) esta morada histórica, *plagada* de preciosos recuerdos y de reliquias literarias, por cuya compra ha pagado ciento veinticinco mil francos, más los gastos de escritura. Por aquí, señoras y señores. El retrato en persona del señor Colombin. Ha costado doce mil francos. El artista ha representado al célebre industrial en el momento mismo en que brota en su *celebro* la primera idea del botón Colombin. (Aire satisfecho de Colombin.)

SEÑOR (A su vecino.) La fisonomía no es muy inteligente.

VIS. Tiene cara de bruto. (Colombin hace una mueca de disgusto y se va más que á paso por donde vino.)

FRAN. Aquí el sillón de Juan Jacobo Rousseau. El señor Colombin lee en él los periódicos todas las mañanas. Aquí (Señalando la puerta primer término izquierda que abre) la habitación del señor Colombin, que fué en la época la habitación de Rousseau, llamada por esta razón la habitación de *Emilio*.

UNA VIS. ¿Y la de Pablo Coudray?

FRAN. (Señalando á la puerta segundo término derecha.) Allí la habitación de Pablo Coudray, ocupada hoy por la señorita Cloé Colombin, que ustedes vieron hace poco, llamada por esta razón la habitación de los *Besos mortales*. Por aquí, señoras y señores. (Indicando la salida hacia el jardín.) Si alguna persona no ha firmado en el registro... (El militar está llevando la mano á la doméstica para escribir en el album.) se puede escribir una reflexión, una frase inspirada, un pensamiento delicado. (Conforme van saliendo los visitantes, el Señor de edad se queda el último, y mientras el Soldado y la Criada se extasían en su escritura, se lleva aparte á Francisco y le dice:)

SEÑOR Vamos, hombre... ¿no hay medio?.. ¿La pluma del gran filósofo? Daría .. hasta veinte francos por ella...

FRAN. (Después de mirar á todos lados, abre el estuche y le da la pluma con precaución.) Escóndala usted y no me comprometa.

SEÑOR ¡Ah! ¡Gracias!... (Con entusiasmo, pagando, guardando la pluma y saliendo escapado.)

FRAN. (Sacando, sin que nadie le vea, del bolsillo, varias plumas de ave y colocando una en el estuche.) Con esta van sesenta y ocho. ¡El destino es bueno! Por la derecha, señoras y señores. (Yendo á unirse al grupo y viendo al Soldado que abraza á su novia.) ¡Eh, militar! ¿Es esa la manera que tiene usted de visitar las moradas históricas? Adelante. (Pasa con el grupo por el jardín, por delante de la primera ventana. Delante de la segunda se para para decir:) Ahora, señoras y señores, visitaremos el parque y un pabellón

que el gran Rousseau llamaba su Tebaida...

SEÑOR ¿Por qué?

FRAN. Probablemente para darle el nombre de una mujer amada. El parque... (Se aleja el grupo, oyéndose aún unos instantes el sonsonete de la relación de Francisco.)

ESCENA II

EL DOCTOR, FEDERICO y GENOVEVA

FED. (Aparece en la puerta que da al jardín, mira hacia dentro, entra y mira á todos lados. Lleva barba muy larga.) ¡Veamos qué tal me reciben! (Reparando en el retrato de Colombin.) ¡Mi padre!... ¡Este retrato es nuevo! ¡Y está muy parecido!

GEN. (Entra por la derecha, primera puerta, con una botella llena de agua.) ¡Ah! Hay gente.

FED. (Volviéndose y viéndola.) ¡Es Genoveva! ¡Justo! ¡Genoveva! ¡Lo que ha crecido esta chiquilla!

GEN. ¿Desea usted visitar la casa? (Federico, sin contestar, se abalanza á ella y comienza á abrazarla. Genoveva, aterrada, se resiste, y para defenderse acaba por arrojarle el agua de la botella que tiene en la mano.) ¡Eh! ¡Señor mío! ¿Qué es esto? ¡Déjeme usted! ¡Vaya! ¿Suelta usted ó grito?

FED. Pero, Genoveva, ¿no conoces á tu hermano?

GEN. ¡Federico!... ¿Usted?... ¡Tú!... ¡No es posible! (Dejando la botella sobre un mueble.)

FED. ¿Tan cambiado estoy?

GEN. Completamente desconocido. (Examinándole con regocijada curiosidad.) Cuando te marchaste estabas tan delgaducho, tan pálido.

FED. ¡Y sin pelo de barba! Mientras que ahora, ¿eh? ¡Todo un hombre!

GEN. ¡Y qué barbas, chico, vaya unas barbas! ¡Ay, hermanito mío! ¡Qué gusto volverte á ver! (Abrazándole.) ¡Y vaya un susto que me has dado!

FED. ¡Y vaya una rociada que me has soltado tú!

GEN. ¡Para defenderme!

FED ¿De modo que tan cambiado estoy?

GEN. Nadie te va á conocer en casa. Nadie. ¡Ya verás qué risa! Voy á llamar á papá.

FED. Espera, niña, espera. Hablemos antes. ¿Papá seguirá furioso conmigo?

GEN. Más que nunca. Prohibido hasta pronunciar tu nombre delante de él.

FED. Es rencoroso.

GEN. Tolera que te escribamos, pero no permite siquiera que le digamos que ha habido carta tuya.

FED. Y todo porque hace diez años preferí irme por esos mundos y luchar por la vida en busca de la fortuna, á encerrarme en un ministerio con un destinillo de mil quinientos francos al año.

GEN. Ya sabes que papá no puede resistir que se le lleve la contraria. Quería verte seguir la carrera administrativa ¡Ya te veía subprefecto!

FED. ¡Váya una aspiración! (Burlándose.)

GEN. ¡Y condecorado! Ya sabes que la cintita encarnada es su sueño .. la cruz que todavía no ha logrado conseguir.

FED ¿Y por aquí? ¿Todos bien?

GEN. Todos; papá, la tía Cloé, Margarita, su marido (Haciendo una graciosa reverencia.) y tu humilde servidora.

FED. Y que estás muy rebonita. Y lo que has crecido, criatura.

GEN. Ya ves; tenía ocho años cuando te fuiste.

FED. Sí, y Margarita dieciseis. Y ahora ya casada.

GEN. Desde hace dos años.

FED. ¿Y qué tal el matrimonio? ¿Son felices?

GEN. ¡Hum! De todo hay... Mi hermanita hace una temporada que no es muy razonable que digamos.

FED A ver, á ver! Explícame eso.

GEN. Ya te escribí que papá había comprado esta casa porque era una morada histórica.

FED. Sí, ya sé. Jacobo Rousseau y luego Pablo Coudray, que por cierto ahora vive en Argelia.

GEN. ¡Ah! ¿Tú le conoces?

FED. Sí; le he visto allí dos ó tres veces, con una mujer muy bonita por cierto.

GEN. Pues bien, desde que vivimos en esta casa no andan las cosas á derechas. A papá se le ha subido Juan Jacobo Rousseau á la cabeza y se ha dado á coleccionar todos los recuerdos, todas las reliquias, más ó menos auténticas del filósofo, cuyo nombre no se le cae de la boca. ¡En cambio á Margarita le ha entrado un entusiasmo por Pablo Coudray!... Lee sus libros, los analiza, se los aprende de memoria, recita sus versos. Para ella no existe en el mundo nada más que las obras de este novelista y de este poeta, de quien no sabía una palabra hace seis meses.

FED. ¿Una chifladura?

GEN. Y exagerada, como sabes que ella ha sido siempre. O alegre como unas castañuelas, ó triste como un entierro; no tiene término medio... Me temo que con todas estas cosas no haga muy feliz á su marido. Y si vieras que excelente persona es Gaston. Tan sencillo, tan honradote, tan cariñoso, tan complaciente. Adora á Margarita y le hacen sufrir mucho su indiferencia y su desdén. A mí me da mucha lástima.

FED. ¿Su desdén?

GEN. Sí; Margarita no le perdona á este hombre estudioso, tan amante de su química y de su laboratorio, el que no se extasíe con ella, leyendo las obras de Pablo Coudray, de quien Gastón dice que es un novelista inmoral y un poeta decadente. Y algo debe haber de eso, porque, á mí, papá no me deja leer sus libros.

FED. Pero en fin, en el fondo, todo eso no es grave.

GEN. Qué sé yo. Yo les vengo observando y no estoy tranquila. Tú debías echarle un buen sermón á Margarita. Ella te quiere mucho, y te tiene cierto respeto... A tí te hará más caso que á mí, que soy una chiquilla, y que á papá, que entusiasmado con su famoso Rousseau no se entera de nada. Con la tía

tampoco hay que contar, porque también se ha chiflado por ese poeta, y con lo romántica que ha sido siempre, ya puedes figurarte. Sobre todo no le digas á Margarita que yo te he dicho nada. Tú, así, con maña, te insinúas... Voy á llamarla. Verás qué sorpresa cuando te vea.

FED. No... Visto que mi excelente padre sigue en sus treces contra mí, más vale no afrontar así de pronto su presencia. El tiene el genio vivo, yo también... Hay que andar con cuidado. Además, tengo que volver hoy mismo á París, donde llegué anoche llamado por el ministro de Agricultura...

GEN. (Asombrada.) ¿Por el ministro?

FED. (Dándose tono cómicamente.) Estoy bien relacionado. Cuando vuelva mañana ó pasado, las iras de papá se calmarán viendo aquí (señalando el ojal.) una cintita roja...

GEN. ¿Te van á condecorar?

FED. Anoche me lo han anunciado. ¿Qué te parece? A los veintiocho años, y sin necesidad de esperar á ser subprefecto.

GEN. ¿Pero tú qué has hecho para eso?

FED. Un a friolera. Aclimatar en Argelia una nueva especie de carneros, que van á ser una fortuna para el país. (Pasan por el fondo, por el jardín, Francisco y toda la caravana.) ¿Qué diablos es esto? ¡Una manifestación!

GEN. No, touristas. Todos los días vienen á centenares. ¡Una plaga! Pero á papá le encanta que visiten su morada histórica, y nos lo echen todo á perder. (Abrazándole.) Mira, si no quieres que papá te vea, lárgate; porque ahora van á su despacho, ¡el despacho del *Contrato social!*, y papá se vendrá aquí.

FED. ¡Demonio! Me elimino. Adiós, hermanita, hasta mañana.

GEN. (Viéndole marchar.) ¡Vaya si está cambiado! Y hecho lo que se llama un real mozo.

ESCENA III

GENOVEVA, COLOMBIN por el fondo izquierda

COL. ¡Hay para aborrecer las ideas democráticas! Les abro las puertas de mi casa de par en par, les permito admirar estas maravillas históricas que he comprado á peso de oro, estas reliquias... y dicen que tengo cara de bruto. (Se queda mirando su retrato como quien confronta la opinión que ha escuchado con su propia efigie.)

GEN. ¿Te estás contemplando, papá.

COL. Dime, Genoveva, ¿cómo encuentras tú este retrato? ¿Me parezco?

GEN. Mucho. . Un poquillo favorecido...

COL. (Picado. Aparte.) ¡Muchas gracias!

GEN. ¿A qué hora saldremos?

COL. Cuando se hayan marchado los touristas. ¡Es la tercera tanda de hoy! (Con cierta vanidad.) Pero la más vulgar; gente ordinaria, mal educada.

GEN. ¿Qué apostamos á que mi papaíto ha oído hoy algo desagradable?

COL. Dicen que mi fisonomía es poco inteligente.

GEN. ¡Oh! (Protestando.)

COL. Y luego vienes tú y dices que estoy favorecido.

GEN. Porque el pintor te ha puesto más joven. A ver lo que han escrito en el album. (Va á mirarlo y lee:) «J. Mangin, muy agradecido al señor Colombin y á su apreciable familia.»

COL. Al menos ese es cortés.

GEN. (Lee.) «Gabriela Drouet, apasionada admiradora de Paul Coudray.» ¡Como mi hermana! ¡«Si estas paredes pudieran hablar!...»

COL. (Con entusiasmo.) ¡Ah, sí!

GEN. «... dirían: ¡A buenas manos hemos venido á parar!»

COL. ¡Imbécil!

GEN. «La mejor bicicleta es la marca Duval.»

COL. ¡También un reclamo!

GEN. «¡Viva mi dueño!» Y un corazón atravesado con una flecha. ¡Ay, qué bonito!

COL. Sí, precioso. Eso es del *melitar*, como si lo viera.

ESCENA IV

DICHOS, CLOÉ

CLOÉ (Sale de su cuarto furiosa, con un lapiz y un papel en la mano) ¡Esto es insufrible! ¡Animal, bruto!

COL. ¿Qué te pasa, Cloé? ¿A quién le dices?...

CLOÉ A ese imbécil de Francisco, que sin preguntar siquiera si se puede se me ha colado en mi cuarto con dos docenas de individuos. La invasión de los bárbaros.

COL. Eran los visitantes de la finca. La cosa no es nueva. ¿Qué mal hay en ello?

CLOÉ ¿Y si hubiese estado en camisa?

COL. ¿A las cuatro de la tarde?

CLOÉ Y ya es la tercera vez desde esta mañana. Es imposible aislarse, reconcentrarse, inspirarse.

COL. ¡Ah! ¿Te estabas reconcentrando? ¿Qué demonio hacías?

CLOÉ ¡Versos! (Genoveva suelta el trapo á reir, á hurtadillas) Versos que dedico á Pablo Coudray. (Lee.)

Es tu alma cristalina
como filtro antiséptico,
do se ha purificado
mi corazón estático.
De mi naturaleza
el barro profiláctico,
tornóse en puras ondas
al destilar purísimo
del suero delicioso
de tu adorable estética.
Microbios de la duda,
bacilos del espíritu,
ya no me sois temibles
odiosos espectróscopos.
El amor invencible
contra vosotros...

Y cuando han entrado esos bárbaros se me ha ido el epíteto que ya tenía en la punta de la pluma.

COL. Yo te lo voy á decir, el epíteto:
¡Hermana, estás más loca
que tres cerrojos ferreos!

CLOÉ ¡Es más fácil burlarse que comprender al genio, alcanzar las sublimidades estéticas de la psicología, como yo he comprendido al disecador de almas femeninas Pablo Condray!

COL. Mira, Cloé, al paso que vas, no es el alma lo que habrá que disecarte .. Más te valía ocuparte un poco de la casa. Todo anda aquí como Dios quiere.

CLOÉ ¡La casa! Eso no es de mi incumbencia. ¿Se ocupaba Alfredo de Musset de las labores domésticas?

COL. Sí, pero tú no eres Alfredo de Musset; tú eres mi hermana y tienes el cargo de la casa. Desde que te has chiflado, como Margarita, por el dichoso Pablo Coudray, no os ocupais de nada y esta pobre criatura (Por Genoveva) tiene que llevar el peso de todo.

GEN. No importa, papá; á mí eso me gusta mucho, muchísimo. Ya sabes que yo soy muy casera

CLOÉ ¡A mí me revienta! Cada cual sus gustos.

COL Sin embargo, Juan Jacobo Rousseau ha dicho que el papel de la mujer en la sociedad y en la familia...

CLOÉ ¡Ah, basta! No empieces con tu Rousseau.

COL. Mi Rousseau vale mil veces más que vuestro Coudray.

CLOÉ ¡Pues bien quédate con él y no nos des más jaqueca!.. ¡Rousseau! ¡Rousseau! ¡No se te cae su nombre de la boca! (Francisco entra por la primera puerta derecha con toda la recua de visitantes.)

FRAN. ¡Por aquí, señoras y señores! ¡Por aquí la salida! (Los encamina hacia la puerta del jardín.)

GEN. ¡Ah! (Dando un grito de espanto y escapando hacia las habitaciones interiores por la puerta del fondo)

CLOÉ ¡Otra vez los bárbaros! (Se viene al proscenio in-

dignada volviendo la espalda al grupo. Colombin en cambio se coloca al paso de los visitantes y va saludando á cada uno con una profunda cortesía y una amable sonrisa. Uno de los visitantes, al recibir el saludo, se queda dudando, le mira y con cierta precipitación mete mano al bolsillo y le da unas monedas. Colombin se queda hecho una pieza. Los visitantes se van con Francisco.)

COL. ¡Treinta céntimos! ¡Cloé, uno, me ha dado treinta céntimos!

CLOÉ ¡Te está bien empleado! ¡Se burlan de tí!

COL. Hay para aborrecer las ideas democráticas. (Se queda mirando los cuartos y al fin no sabiendo qué hacer con ellos se los guarda.)

CLOÉ Con tu manía de recibir á todo el que se presenta, el mejor día nos van á asesinar.

COL. ¡Qué exageración!

CLOÉ Por de pronto ya nos roban. Ayer se llevaron una bombonera. ¡Hoy, mira! (Enseñándole una cortina que un momento antes de salir estuvieron mirando y tocando los dos ingleses.)

COL. ¡Han cortado un pedazo! ¡Vándalos!

CLOÉ ¡Habrán sido los ingleses! ¡Toma visitas!

ESCENA V

DICHOS y GASTÓN

GAS. ¡Esto es inaguantable! Diga usted, papá suegro, ¿va á durar mucho tiempo aún esta invasión?

COL. Gastón, no te alteres.

GAS. Le advierto á usted que desde mañana no permito que nadie ponga los pies en mi laboratorio. Con pretexto de visitar la *Tebaida*, me han echado á perder mis preparaciones microscópicas.

CLOÉ ¡Y yo cerraré con llave mis habitaciones de los *Besos mortales!*

COL. ¡Qué difícil es dar gusto á todo el mundo!

CLOÉ ¡Pero si así no das gusto á nadie!

COL. ¡Sí; á mí! ¡Fué tan dichoso el día que compré está casa! ¡Era mi sueño dorado habi-

tar una morada histórica! ¡Respirar el ambiente ilustrado por el aliento de un gran hombre! ¡Yo, simple industrial enriquecido, venía á ser el casero retrospectivo de Rousseau y de Coudray! ¡Vivo, donde ellos han vivido! ¡Duermo, donde ellos han dormido! ¡Pienso, donde ellos han pensado!...

GAS. (Aparte.) Eso de pensar ya me parece más difícil.

COL. ¿No sentís que aquí se respira un aire particular, una atmósfera especial?

GAS. ¡Sí, huele á casa vieja y la atmósfera está llena de microbios!

COL. (Con énfasis.) ¡Querido yerno, de estos microbios está formada la religión del pasado!... ¡Cuando pienso que en este modesto sillón donde ahora se posa mi modesta persona, (Sentándose.) Juan Jacobo Rousseau ha posado, muy á menudo, la suya.

GAS ¿Y se encuentra usted por eso más cómodamente sentado?

COL. ¡No; pero un noble orgullo hace latir mi corazón; siento algo, así, como si me pusiera el sombrero de Napoleón!

CLOÉ ¡Y escribir en esta mesa donde Paul Coudray ha escrito tantas obras maestras!

COL. ¡Justo; esa mesa que ha ilustrado el genio! Tocarla, palparla, decir: ¡es mía!... Hasta parece que siente uno impusos de empuñar la pluma del gran filósofo... (Saeándola del estuche.)

GAS. Sí, ande usted, pruebe usted. (Burlón.)

COL. ¿Por qué no? ¿No hace esta versos?

GAS Bueno. Pero todos esos goces, todas estas reliquias, esta casa, ¿qué necesidad tiene usted de abrirla de par en par á todo el mundo?

COL. ¡Es que mi felicidad no sería completa si todo el mundo no supiese que esto es mío! Ocultar la dicha es ser egoista. ¡Yo soy demócrata!

ESCENA VI

DICHOS, y el DOCTOR

DOC. Señores, señoritas. (Saludos, apretones de manos.)

COL. Querido doctor...

DOC. ¿La señora Baudoin (A Gastón.) y la señorita Genoveva, (A Colombin.) sin novedad?

COL. Perfectamente.

GAS. ¿Viene usted también á visitar la finca, doctor? (Riendo.)

DOC. Ah, no; la conozco bien y antes que ustedes. He sido el médico de Pablo Coudray.

CLOÉ ¡Ah! ¿Usted le ha conocido, usted le ha cuidado, usted le ha visto por fuera y por dentro? ¡Qué feliz es usted!

GAS. (¡La tía está de remate!)

COL. Llega usted oportunamente, amigo Dufresnois; va usted á darnos su opinión.

DOC. ¿Sobre qué? ¿Hay algún enfermo?

GAS. Toda la familia.

COL. ¡No lo echemos á broma! Mi hermana y mi yerno quieren que cierre al público las puertas de esta casa, *plagada* de recuerdos históricos.

DOC. ¿Cerrar Fontenelles? ¡Imposible!

GAS. ¿Por qué?

DOC. En primer lugar porque esta finca figura en todas las guías oficiales y no oficiales como una morada histórica, cuya visita está autorizada.

GAS. Sí, ya sé: Llamar á la puerta pequeña que hay junto á la verja, dirigirse al portero. Propina facultativa.

COL. Justo. (¡Con esas propinas le pago yo á Francisco!)

DOC. Y además de que los touristas reclamarían si hiciesen el viaje en balde, piense usted en los fondistas del pueblo que viven casi exclusivamente de los visitantes de la casa, en los vendedores de fotografías y de recuer-

dos; toda esa gente chillaría, le apedrearían á usted la casa; se haría usted impopular; tendría usted que abandonar la comarca.

GAS. Lo que es yo, maldito si lo sentiría.

DOC. Sí, ya sé que usted no se divierte aquí mucho.

GAS. ¡Le tengo horror á la casa!

COL. ¿Y quién tiene la culpa de eso?

GAS. No seré yo, me parece.

COL. Si no tomases en serio ciertas niñerías... Y si no, que lo diga el Doctor.

DOC. Me parece, en efecto, mi querido amigo, que exagera usted un poco tomando por lo trágico una crisis pasajera y no creo que haya motivo para alarmarse.

COL. ¡Es evidente!... Margarita tiene el temperamento nervioso y el carácter vehemente. La cosa no es tan extraordinaria. Es muy jóven; en su vida había leído novelas, ó solamente novelas morales, escogidas con cuidado, escritas para las muchachas solteras. Y de pronto caen en sus manos todos los libros de Pablo Coudray! No te opones á que los lea y luego te extraña que se le suban á la cabeza, que la exalten.

DOC. Sí, son un poco sugestivos esos libros.

CLOÉ ¡Obras maestras, doctor!

GAS. ¡Usted se calla, tía!

CLOÉ Me parece que tengo derecho...

GAS. No. Porque no he sido yo, sino usted quien ha dado á Margarita las obras de Pablo Coudray, después de ponérselas por las nubes. ¡Usted es quien la ha trastornado, haciéndole compartir su estúpido entusiasmo y sus extasiadas admiraciones de solterona recalcitrante!

CLOÉ ¡Insolente!

GAS. Gracias á usted, su pobre cabecita se ha llenado de ideas falsas, ridículas y peligrosas; su corazón, lentamente se pervierte. ¡Su marido no existe para ella! ¿Amar á su marido? ¡eso es burgués! Las pobres mujeres mal comprendidas aman al amante, al amante fatal é irresistible, embellecido por todas

las gracias y todas las seducciones, al amante tal y como lo describe en todas sus novelas Pablo Coudray, bello, espiritual, heróico!... Y ahí tiene usted á dónde ha venido á parar su hija. (A Colombin.) Si no lo sabía usted, yo se lo anuncio. Margarita ha dejado de amarme, lisa y llanamente porque otro se ha apoderado de su corazón.

COL. ¿Pero, qué estás diciendo?

GAS. La verdad. Amor de imaginación, amor de cabeza, amor platónico todo lo que usted quiera, pero en una ú otra forma, amor, ¡amor por Pablo Coudray!

DOC. Usted exagera. ¡Un poco de exaltación neurasténica!

GAS. ¡No, señor; contagio de la demencia que reina en esta casa, y de la cual sólo hemos escapado Genoveva y yo!

CLOÈ ¿Qué dice?

GAS Todos están locos rematados. Usted la primera (A Cloé.) empeñada en montar sobre Pegaso á los cuarenta cumplidos.

CLOÉ Montar, ¡oh! (Indignada.)

GAS. Usted (A Colombin.) con su fanatismo por Juan Jacobo, ídolo exigente, al cual no perdona usted ningún sacrificio.

COL. Permíteme...

GAS. Tenía usted ya seis ediciones completas de Rousseau y acaba usted de comprar otra.

COL. ¡Con láminas!

GAS. ¡Total ciento cincuenta volúmenes, de los cuales no leerá usted en su vida ni diez páginas!

COL. ¡Si tuviese uno que leer todos los libros que compra!

GAS. ¿Y los bastones? ¿Y las bomboneras? ¿Y las casacas? ¿Y los zapatos que todos los prenderos le encajan á usted, so pretexto de que fueron prendas personales del gran filósofo?

COL. Me parece que soy libre para gastarme el dinero como me agrade.

GAS. Mire usted, doctor; ayer mismo le han sacado ciento cincuenta francos por una pipa.

CLOÉ Auténtica. ¿Te parece caro?

GAS. ¡Pero, hombre de Dios, si Rousseau no fumaba!

COL. Sin embargo, el anticuario me aseguró... ¿Usted qué cree, doctor?

DOC. Hombre, puede que se confundiese, y en lugar de ser de Juan Jacobo el filósofo, sea de Juan Bart el marino.

GAS. En fin, mi mujer es la más loca de todos.

CLOÉ Loca de entusiasmo, loca de poesía, sí... Pero tranquilízate; esa locura, no es contagiosa. ¡No se te pegará!

GAS. Ayer mismo, buscando un pañuelo en su armario, ¿qué dirán ustedes que encontré? ¡No lo adivinarán jamás! Esmeradamente doblada, metida en un saquito perfumado y rodeada de cintas color de rosa, ¡una camiseta de franela, marcada P. C., Pablo Coudray!

CLOÉ La había encontrado yo, olvidada en un rincón del armario de mi cuarto. ¿Ibamos á tirar á la calle ese precioso recuerdo del maestro?

GAS. ¿Y por qué no se lo guardó usted?

CLOÉ ¡Por pudor! ¡Una prenda interior de hombre en el cuarto de una señorita! Yo no he guardado de Coudray más que un lápiz y un calzador.

COL. Creeme, Gastón; no te exasperes; ten un poco de calma. Es la imaginación de Margarita la que está interesada, y eso no es peligroso. Más vale que aparentes no dar importancia á lo que no la tiene. No te enfades con Margarita y vé á abrazarla, es el mejor remedio.

GAS. Si no deseo otra cosa. Es ella, ella, la que huye de mí cada vez que me acerco.

COL. Chiquilladas, y nada más que chiquilladas. ¿Se quedará usted hoy á comer con nosotros, Doctor?

DOC. Hoy no puedo. Tengo que hacer unos análisis importantes, y ya que su yerno ha sido tan amable que me ha ofrecido su laboratorio...

GAS. Con mil amores, Doctor. Venga usted; yo

mismo le instalaré y le ayudaré si me necesita. Eso me distraerá.

DOC. Si no le molesto...

GAS. No faltaba más. (Salen hablando por el fondo izquierda.)

ESCENA VII

COLOMBIN, CLOÉ

COL. La verdad es que Gastón no se queja de vicio. Margarita se está poniendo insoportable. ¡Una camiseta! ¡Y de un hombre vivo!... ¡Si se hubiese muerto hace cien años, pase!

CLOÉ Supongo que no irás á dar la razón á tu yerno contra tu hija.

COL. Procuraré no mezclarme en sus querellas, no quiero ser suegro. Pero confío en que harán pronto las paces y en que tú no seguirás volviéndole el juicio á la niña con tus romanticismos ridículos. (Cabriac se presenta en la puerta que da al jardín, con el sombrero calado y mirando á todos lados.)

CLOÉ ¿Quién es este señor? (Reparando en él.)

COL Sin duda algún tourista.

ESCENA VIII

COLOMBIN, CLOÉ, CABRIAC

CAB (Con tono muy seco.) ¿Se puede?

COL. (Amabilísimo.) ¡Adelante! ¿Desea usted visitar la casa?

CAB (Agresivo.) Deseo ver al Sr. Coudray.

COL. ¿Pablo Coudray? No está ya aquí.

CAB. (Incrédulo.) ¿No está?... Bueno. (Resuelto.) Le esperaré. (Se sienta.)

COL. Es que... Ha hecho usted bien en sentarse, porque me parece que le va usted á esperar un buen rato.

CAB. No tengo prisa. No pienso salir de aquí sin verle.

COL. Hace siete meses que se fué.

CAB. (Levantándose.) ¿Se fué de aquí? ¿Dónde?

COL. Lo ignoro. Unos dicen que á Argelia... otros que á Canarias.

CAB. ¡Se fué! (Indignado.) ¡Se escapó!

COL. Sí. Algo hay de eso.

CLOÉ (Suspirando) ¡Una tierna historia amorosa!

CAB. (Furioso.) ¡Ah! ¡Canalla!

CLOÉ Que el poeta había presentido al escribir aquellas apasionadas estrofas de los *Besos mortales*, en las que adivina la mujer capaz de ser amada por él, la que fijará los destinos de su vida, lejos de todo, lejos, muy lejos de todos... Un día la encontró, la amó... y *partiose* con ella á ocultar su idilio, á realizar su sueño, allá lejos, muy lejos, bajo un cielo clemente é ignorado.

COL. Una mujer muy guapa, según dicen.

CLOÉ ¡Deliciosa!

CAB. (Estallando.) ¡Era la mía!

COL. (Dando un respingo.) ¡Cómo!

CLOÉ ¡La suya!

COL. No sé cómo pedirle á usted mil perdones.

CLOÉ Entonces... ¿usted es el señor Cabriac?

CAB. ¡Ah! ¿Me conocen ustedes? Por lo visto todo el mundo conoce la historia, la tierna historia, como dice esta señora...

CLOÉ Señorita. (Corrigiendo.)

CAB. (Mirándola extrañado.) ¡Bueno! ¡Si usted se empeña!... Soy la irrisión del pueblo, de la comarca, de toda la provincia. Pero si ese trasto cree que se puede burlar impunemente del capitan Cabriac... (Golpeando los muebles con el bastón.)

COL. ¡Eh! ¡Cuidado, hombre!

CAB Perdone usted. No sé lo que me hago.

COL. Se comprende. (Compasivo.)

CAB. (Enternecciéndose.) Usted me compadece, ¿verdad?

COL. Con toda mi alma.

CAB ¿Y usted también? (A Cloé)

CLOÉ ¡Con todo mi corazón!

CAB. Gracias. (Estrechando la mano á Colombin.) ¡Es usted todo un hombre! (Idem á Cloé.) ¡Y usted también!

COL. (Presentando.) Mi hermana, la señorita Cloé Colombin. (Presentándose á sí mismo.) Estanislao Colombin, propietario de la histórica morada de Fontenelles.

CAB (Presentándose.) Ignacio Cabríac, capitán mercante, servicio trasatlántico, (Dejándose caer en un sillón y casi sollozando) y un hombre muy desgraciado.

CLOÈ (¡Pobre señor!)

COL Vamos, capitán... ánimo... hay que tener valor... un lobo de mar... (Aparte.) No puedo ver llorar á un hombre.. Esto me puede.. una mujer pase... pero un hombre.. y un capitán trasatlántico. (Aparte á Cloé.) Dale algún cordial.

CLOÉ. Sí. ¿Qué le doy?

COL. Algo fuerte. Un grog... sin agua; para un lobo de mar.. (Cloé sale por el foro.) Vamos, capitán, hay que ser fuerte... ¡qué diablo!, sea usted razonable... Después de todo... no es usted el único, ni el primero á quien haya ocurrido ese ligero... ese doloroso accidente... Cuantos otros...

CAB. Sí, pero á mí los otros me importan un pito.

COL. Los hombres más ilustres de la historia... Los mismos héroes de la antigüedad...

CAB. ¿Acaso usted también? (Compasivo tendiéndole la mano.)

COL. ¡Ah, no! ¡Yo no!

CAB. Lo siento... Eso me hubiese consolado...

COL (¡Hombre, gracias!)

CLOÉ (Trayendo un vasito.) Aquí está el cordial.

COL. ¿Qué has puesto? (Aparte á Cloé)

CLOÉ Chartreuse verde con cognac. (Idem á Colombin.)

COL. Bueno. Vamos, capitán, tome usted esto á ver si se reanima.

CAB. ¿Qué es eso?

COL. Un cordial. Un grog.

CAB. Gracias. (Tomando el vaso.) Es usted un hombre de pro. (A Cloé.) Y usted también. (Se bebe el vaso de un trago.)

COL. (¡Se va á abrasar!)

CLOÉ ¿Qué tal, capitán?

CAB. ¡Flogillo! Pero muy agradable.

COL. (¡Vaya un gaznate!)

CAB La conocí el veinticinco de Noviembre de mil ochocientos noventa y cuatro. (Sentándose como el que va á contar una larga historia.)

COL. ¿A quién? (Sentándose. Idem Cloé.)

CAB. ¡A Susana! ¡Yo tenía cuarenta y ocho años... ella diecinueve!

COL. ¡Cifras elocuentes!

CAB. ¡Ah! ¡Qué recuerdos!

COL. Inútil atormentarse, capitán. (Haciendo intención de levantarse para cortar el relato.)

CAB. ¡Qué deliciosas remembranzas!

COL. (¡Es un poco pesado este marinero!)

CLOÉ ¿La amaba usted con pasión?

CAB. Con pasión es poco decir... la adoraba, la idolatraba con locura, con frenesí, con delirio ..

CLOÉ (Lanzando suspiros de éxtasis.) ¡Ah! ¡El amor! ¡Ah!... ¡Ah!

COL. (¿Qué le ha dado ahora á ésta?) ¿Estás mala, hermanita?

CAB. ¿A qué detallar á ustedes nuestras caricias, nuestros idilios, nuestros éxtasis?...

COL. ¡No! no hay para qué... sobre todo.. (Indicando á Cloé como quien dice: «Hay aquí ropa tendida.»)

CLOÉ ¡Ah! ¡Sí, cuente usted, cuente usted!

CAB. ¡Así pasaron cinco años! Yo había renunciado á mis viajes á América por no separarme un instante de Susana.

COL. (¡Pobrecita!)

CAB. Compré, á tres leguas de aquí, unas hermosas tierras, y en medio de ellas construí un hotelito precioso, nido de nuestros amores. *Castel Suzon* puse por nombre á aquel pequeño paraíso ¡hoy perdido! ¡Era yo tan feliz!

COL. (¡Y tan posmal)

CAB. Pero ¡ah! la desgracia me acechaba. ¡La catástrofe estaba próxima!

COL (¡La historia va siendo... trasatlántica!)

CAB. El año pasado, un armador del Havre me

propuso la conducción de un rico cargamento á Madagascar. Veinticinco mil francos de ganancia. Yo no quería separarme de Susana. Ella misma me obligó á aceptar.

COL. (¡Lo creo!)

CAB. ¡Partí!... En Madagascar caí enfermo. Seis meses postrado en cama. Y cuando ayer, por fin, vuelvo á Castel-Suzón, ¡el nido vacío!...

COL. (¡El pájaro había volado!)

CAB. Nadie me dió razón de ella. Pasé la noche en las dudas más horribles...

COL. (Es tardo de comprensión el capitán.)

CAB. Pero esta mañana, registrándolo todo, abrí un *secretaire* y encontré una carta incendiaria firmada Pablo Coudray. (Levantándose furioso.) ¡Rayos y truenos!

COL. ¿Y empezó usted á comprender?...

CAB. ¡Comprendí en seguida y decidí matarle! ¡Vengo aquí y el miserable ha huído! Pero yo le encontraré... ¡Cobarde! ¡Yo le encontraré!

COL. Sí, capitán; usted le encontrará... Corra usted, corra usted en su busca. Usted perdonará que yo no le acompañe, pero tengo que salir con la familia.

CAB. ¡Usted me dispensará! Con mi triste historia les habré aburrido.

COL. (Alegremente.) Todo lo contrario, capitán, todo lo contrario.

CAB. (Amargamente.) ¿Les ha divertido á ustedes?

COL. ¡Mucho! Es decir... nos ha interesado, nos ha conmovido... (Saludando.) Capitán...

CLOÉ (Solemne.) ¡En nombre del cielo, capitán, no le mate usted!

CAB. ¿A quién?

CLOÉ ¡A Pablo Coudray!

CAB. ¡En cuanto le encuentre!

CLOÉ Piense usted en la pérdida irreparable...

COL. ¡Cloé, por Dios!

CLOÉ ¡Un genio! ¡Un espíritu exclarecido! ¡Un gran poeta!

CAB. ¡Ya le daré yo la poesía!

CLOÉ ¡Sea usted grande! ¡Superior al dolor!
COL ¡Cloé!
CLOÉ Elévese usted por encima de esas miserias y preocupaciones humanas, propias solo de almas vulgares, de espíritus rutinarios, que desprecian los corazones grandes y generosos ¡Sea usted psicólogo, sea usted moderno!
COL. ¡No seas atroz, Cloé!
CAB ¿Y mi Susana?
CLOÉ Él se la devolverá á usted.
CAB. ¡Gracias!
CLOÉ Como ha dicho el poeta:
«Un mal que se desdeña
se trueca en beneficio...»
CAB. ¿Y quién es el imbécil que ha escrito semejante desatino?
CLOÉ He sido yo, capitán.
CAB. Perdone usted, yo ignoraba...
COL. Mi hermana versifica á ratos perdidos...
CAB. Señorita... Señor Colombin... (Despidiéndose.)
COL. Hasta la vista, capitán. ¡Y ánimo! (Cabriac se marcha por la puerta del parque.) ¡Uf! ¡Qué sesión!
CLOÉ ¡Ay, Estanislao! ¿Le matará?
COL. ¡Qué ha de matar, mujer! ¡Ni siquiera sabe dónde vive! ¡Las cuatro y media! Ya debía mos estar camino del Bosque. Preparáos. Voy a mandar encender el automóvil.
CLOÉ ¿Cuál?
COL. El *Nueva Eloisa*. (Vase.)

ESCENA IX

CLOÉ y GENOVEVA

CLOÉ Y no es feo el capitán. ¡Buen mozo, bien conservado, enérgico y tierno!... ¡Como todos los marinos! ¡Ah! ¡Estos hombres del mar! ¡Con cuánta pasión deben amar en tierra firme! (Queda como extasiada.)
GEN. (Entra por el fondo vestida como para salir á paseo)

Vamos, tía: ¿no te acabas de vestir? Papá espera.

CLOÉ Sí, sí. (Aparte recordando las palabras de Cabriac.) «Con pasión es poco decir; ¡la adoraba con locura, con delirio, con frenesí!» (Vase.)

GEN. ¡Esta tía mía! ¡Cada vez más romántica! ¡Es una elegía andando!

ESCENA X

GENOVEVA, MARGARITA; luego GASTÓN

MARG. (Entra también vestida para el paseo, elegantísima «toilette» de campo) ¡Ya estoy! ¿Salimos?

GEN. (Con misterio.) Tenemos que hablar. (Mirando á todos lados como temiendo que alguien llegue.)

MARG. ¿Qué misterios son esos?

GEN. ¡Adivina quién ha estado aquí!... ¡Federico!

MARG. ¡Mi hermano!... ¡Tú le has visto!

GEN. Hace un momento... ¡Y si vieras qué cambiado está!... ¡Y qué guapo!... Figúrate .. pero no, te quiero dejar el placer de la sorpresa .. no lo vas á conocer... Volverá mañana ó pasado, pero no se lo digas á nadie.

MARG. ¿Y por qué se ha ido tan pronto?

GEN. ¡Por papá!... No ha querido verle hoy todavía. Ea, ¿vamos á paseo? Y Gastón, ¿viene con nosotros?

MARG. No creo. (Con desabrimiento.) Por supuesto que si él va, yo me quedo en casa.

GEN. ¿Otra vez de monos?.. ¡También es gusto! Yo no podría vivir así ¡Siempre enfadados!

MARG. ¿Y cómo quieres vivir con un hombre que parece tener empeño en humillarme constantemente, en herirme en lo más vivo de mi amor propio?... ¡Cuanto yo admiro le parece ridículo!... ¡Ni una idea en que estemos de acuerdo

GEN. De gustos no hay nada escrito, y el que no se tengan siempre los mismos no es una razón para estar siempre reñidos. (Con mucha dulzura.) Yo te aseguro que Gastón sufre mucho viéndote así.

MARG. ¿Y de quién es la culpa?
GEN. Te quiere mucho. Bien lo sabes.
MARG. ¡Quererme él! Si me quisiera, ¿me trataría como me trata?... No. Es un espíritu vulgar. Sólo le gusta lo común, lo ordinario. Es incapaz de ideas elevadas. Para él no existe lo ideal. El arte le aburre, la poesía le revienta. Fuera de su laboratorio y de su química, lo demás no existe para él.
GEN. Le gusta la música.
MARG. ¡Sí; la flauta! que á mí me crispa los nervios.
GEN. ¡Pues toca muy bien!
MARG. ¡No podremos comprendernos jamás! ¡Créeme, hija mía, no te cases nunca!
GEN. ¡Por supuesto! (Vivamente.) ¡Como que me voy yo á quedar solterona, como la tía! ¡Eso sí que no!... ¡Pues á mí no me disgustaría un marido como Gastón, aunque no le gustasen los versos!... Mira, ahí viene. (Viendo llegar á Gastón.) Vamos, anda, haced las paces.
MARG. (Eludiendo.) ¿No salimos? Ya es hora.
GAS. (Deteniéndola.) ¿Margarita?
MARG. (Friamente.) ¿Querías hablarme?
GAS Sí. (Con dulce firmeza.)
MARG. Anda, niña, dile á papá que en seguida soy con vosotros..
GEN. (Aparte Marchándose.) ¡Pero serán retontísimos! ¡Haberse casado para estar peleando siempre! ¡Lo que es yo...! (Vase.)

ESCENA XI

MARGARITA, GASTÓN

MARG. ¿Qué tienes que decirme? (Secamente.)
GAS. (Con ternura.) Que te adoro y que así no puedo vivir. (Abrazándola; ella se deja, con marcado despego.) Vamos, Margarita, hagamos las paces ¡Amémonos como siempre nos hemos amado!
MARG. (Escéptica.) ¡Ah! ¡Si eso pudiera ser!
GAS. ¿Y por qué no? ¡Acuérdate de lo felices que

éramos en París! En esta maldita casa ha nacido nuestra desunión. Los gérmenes malsanos de que la dejaron impregnada sus anteriores habitantes nos hacen respirar emanaciones pérfidas. Mira, sólo debían vivir las gentes en casas nuevas; donde no haya peligros de contagio físico ni moral. Las almas tienen también sus microbios...

MARG. Hablando en plata. ¡Me reprochas mis gustos por el arte, la literatura, la poesía! ¡Te parece un crimen, ó al menos una enfermedad, este ansia de elevar mi espíritu hacia lo bello! ¿Te reprocho yo tu amor á la ciencia, tu cariño á... los microbios? (Gesto de repugnancia.)

GAS. ¡Si sólo se tratase de poesía! Lo insoportable, lo inadmisible es la apasionada veneración por el poeta.

MARG. ¿Y qué mal nos ha hecho á tí ni á mí Pablo Coudray? ¿Le conozco acaso? ¿Le he hablado en mi vida?

GAS. Ese poeta, que el demonio se lleve, ha trastornado mi hogar. Has hecho de esta casa un templo y de él un Dios de quien tú pareces la sacerdotisa. Antes leías lo bueno de todos los autores; ahora parece que no exista más literatura que la del tal Coudray.

MARG. Preferencia bien natural. Después de haber leído sus obras todo parece insípido; es tan interesante, es una emoción artística tan nueva vivir aquí donde el poeta ha vivido, ver el mueble que en una de sus páginas ha descrito.

GAS. Bien, bien; los primeros días no te niego que eso fuese curioso, interesante, hasta divertido. Descubrir las intimidades de los artistas que nos admiran, que nos distraen, que nos hacen pensar ó sentir... Hay en ello algo que nos envanece, que nos da cierto barniz artístico á nosotros, vulgares burgueses. ¡Pero de eso á guardar como reliquia una camiseta de franela!

MARG. (Viéndose descubierta.) ¡Eso fué cosa de la tía!

GAS. Admira al novelista y al poeta cuanto quie-

ras; pero ocúpate menos, mejor será que no te ocupes poco ni mucho, del hombre. Me parece que no soy exigente, ni antiliterario ni antiestético, al hacerte esta observación.

MARG. ¡Vamos, dilo claro, estás celoso! ¡Ja! ¡Ja!

GAS. Sí. ¿Por qué negarlo?

MARG. Tener celos de una admiración artística. ¡Eso es ridículo!

GAS. ¡Lo ridículo y lo intolerable es ese lenguaje completamente nuevo en tí!

MARG. (Exaltándose.) Qué mucho que á ese hombre se le admire y se le venere si como nadie conoce el alma de la mujer. Si sabe en sus obras ser nuestro amigo, nuestro confidente, nuestro maestro.

GAS. (Casi fuera de sí.) ¡Y entre tanto al marido que lo parta un rayo!

MARG. ¿Le he visto yo en mi vida á ese hombre? ¿Le veré jamás? ¡Y sin embargo, se le reconocería entre mil por su alma elevada, su corazón generoso, su espíritu noble!

GAS. ¡Margarita! (Amenazador.)

GEN. (Entrando de repente.) ¡Margarita, papá, espera! ¿Vamos?

MARG. ¡Vamos, sí! (A Gastón.) ¡Desengáñate, no hablemos más de esto No nos entenderíamos nunca! (Se va con Genoveva por el foro, en la actitud más desdeñosa.)

ESCENA XII

GASTÓN, BARROIS

GAS. ¡No! ¡Esto es ya demasiado! ¡Esto no es vivir! ¡Ya estoy harto! ¡Hay que acabar de una vez!

BAR. (Apareciendo en la puerta que da al jardín y quedándose parado como quien espera gozar de la sorpresa que Gastón va á tener al verle.) ¡Aquí está!

GAS. Hoy mismo á París. ¡Si quiere venir conmigo, bueno! ¡Si no, mejor! ¡Nos divorciaremos! (Gesticulando.)

BAR. (¿Qué demonios le pasa?)

GAS. No quiero que me encuentre aquí cuando vuelva. (Imitando á Margarita.) «¡Alma elevada, corazón generoso, noble espíritu!» ¡Voy á hacer la maleta! (Al volverse se encuentra frente á frente á Claudio que le dice cruzado de brazos.)

BAR. ¿Se acabó ese monólogo?

GAS. ¿Quién?... ¡Tú! ¡Claudio!

BAR. ¡En cuerpo y alma! (Se abrazan.)

GAS. ¡Qué sorpresa! ¡Lo que yo menos me esperaba!... ¡Querido Claudio! ¡Tanto tiempo sin vernos!

BAR. ¡Cerca de cinco años!

GAS. ¿Y sin noticias tuyas?...

BAR. Hace ocho meses. Cinco años viajando con mi augusto discípulo el príncipe de Iliria. Hemos dado la vuelta al mundo. Su educación está terminada y yo completamente libre, libre como el aire. Anteayer desembarcamos en Marsella; esta mañana llegué á París y aquí me tienes.

GAS. Tu primera visita.

BAR. Para mi mejor amigo. Vengo decidido á pasar contigo ocho días, si tú me admites. (Riendo.)

GAS. ¿Ocho días? ¡Ocho meses si te place! Todo el tiempo que quieras.

BAR. Aunque te he escrito poco, no creas que te he olvidado en mis viajes. Te traigo un cajón lleno de recuerdos...

GAS. ¡Cuánto te lo agradezco!

BAR. Y toda una colección de fotografías. Mira. (Sacando ocho ó diez retratos del bolsillo.)

GAS. ¡Cómo! ¿eres tú este soberbio árabe?

BAR. ¿Estoy guapo, eh? (Riendo.) Así me he paseado por las calles de Tombuctú! Tengo tantas cosas que contarte. Mira. (Enseñándole otro.) Este de la India.

GAS. ¡Vaya si charlaremos!... Pero no aquí, en París!

BAR. ¿En París?

GAS. A donde nos largamos ahora mismo tú y yo, por el primer tren.

BAR. No te comprendo.

GAS. Cuando tú llegaste iba á hacer la maleta.

BAR. Cierto que te he visto ahí manoteando y paseándote como un tigre enjaulado. No parecías muy contento.

GAS. (Amargamente.) ¡Contento! Vente conmigo, tú me ayudarás. ¡Huyamos de esta maldita casa!

BAR. ¡Maldita! Pues parece una preciosidad tu maldita casa. Todas las guías hablan de ella. En el tren he venido leyendo la descripción. Es una morada histórica; perteneció á Rousseau y luego á ese poeta famoso que ha surgido durante mi ausencia, Pablo Coudray...

GAS. ¡Por eso! ¡Por eso me voy!

BAR. ¡Porque han vivido aquí dos genios!

GAS. Genios malditos. Esta casa está embrujada. Por aquí andan sueltos los espíritus. Mi suegro se ha chiflado y mi mujer se ha vuelto loca. (Exaltándose.)

BAR. ¿Cómo?

GAS. ¡Mi suegro adora de rodillas á Juan Jacobo Rousseau y mi mujer se ha enamorado de Pablo Coudray!

BAR. ¿Enamorada? ¿Es que le conoce?

GAS. No le ha visto en su vida.

BAR. ¿Entonces?...

GAS. ¡Pero ha leído todos sus libros, prosa, versos, todo! ¡Leído, releído, devorado, saboreado, sorbido! ¡Y se ha apasionado; primero, por los versos, luego, por la prosa, luego, por el autor! Piensa en él todo el día, sueña con él toda la noche. ¡Se ha apoderado de su espíritu, luego de su imaginación, al fin de su corazón! Todo entero. Y ese hombre, á quien ni siquiera conoce, se le aparece como un héroe, como un ser excepcional, «alma elevada, corazón generoso, espíritu noble!» Y entre los rayos de esa esplendorosa imagen, yo desaparezco. Se me desdeña, se me desprecia. ¡Se hacen comparaciones en que resulto odioso! (Con amarguísima pena, mezclada de indignación.)

BAR. Me parece, querido Gastón, que das á todo eso una importancia... que en realidad no tiene. Yo no veo más que una serie de niñerías románticas.

GAS. ¡Así dice mi suegro!

BAR. Lo cual prueba que el buen señor no está tan chiflado como tú dices.

GAS. ¡Niñerías!... ¡Amar á una mujer como yo amo á la mía y vivir á su lado como un extraño! ¡Sentir roto todo lazo entre nosotros! ¡Que no hay comunidad en ideas, en alegrías, en deseos, que no hablamos ya la misma lengua! ¡Ver desmoronarse mi hogar, hundirse mi felicidad!... ¡Y á eso llamais niñerías! ¡Ah, sufro, sufro muchísimo, Claudio, y soy muy desgraciado!

BAR. ¡Pobre Gastón! Voy viendo que la cosa es más grave de lo que yo creía. Pero no hay que dejarse abatir. ¡El caso no me parece desesperado!... ¿Anda por estas tierras ese Pablo Coudray?

GAS. ¡Ojalá! ¡Eso preferiría yo!... Al menos podría buscarlo, batirme con él. Acabar de una vez, fuese como fuese. Pero vete á luchar con una sombra, con un fantasma, con una quimera!.. ¡Mi resolución está hecha! ¡Me divorcio!

BAR. Es la tontería mayor que podías hacer, porque sería irreparable, y la crisis que está pasando tu mujer, por lamentable que sea y por lo mismo que es aguda, no puede durar mucho.

GAS. Yo no puedo vivir así ni un día más.

BAR. Tu mujer no es culpable. Es... una enferma. Cuídala, cúrala, pero no la castigues.

GAS. ¡Curarla! ¿Y cómo? ¡Si tú crees que no he probado!

BAR. Todo está en que no has acertado con el remedio.

GAS. ¡Quisiera verte en mi lugar!

BAR. (Reflexionando.) Espera, hombre, espera. ¿A tí te encantaría matar al tal Coudray?...

GAS. ¡Ah! ¡Sí!

BAR. Pero no puedes... por que no lo tienes á mano.

GAS. ¿Y entonces?

BAR. ¡Entonces... mátalo... moralmente!

GAS. ¿Moralmente?

BAR. ¡Rompe la estatua, destruye el ídolo, derriba el pedestal!

GAS. No te entiendo.

BAR. ¡Si tú pudieras persuadir á tu mujer de que su héroe ideal es un mamarracho!

GAS. ¿Y cómo? ¡Eso no es posible!

BAR. ¿Por qué?

GAS. Porque Margarita no me creería.

BAR. Bueno; pues yo me encargo de eso.

GAS. ¿Tú?

BAR. ¡Y ya verás! En dos manotadas le deshago su precioso muñeco.

GAS. ¿Y te creerá?

BAR. ¿Por qué no? ¿Dónde está ese Coudray famoso? ¿En París?

GAS. No; en el extranjero, no sé á punto fijo.

BAR. Pues nada más fácil sino que yo lo haya encontrado y conocido en mis viajes; la cosa es verosímil, hasta natural.

GAS. Sí, quizás.

BAR. Yo alabaré al escritor, exaltaré al poeta; pero al hombre, al hombre de mundo, al hombre íntimo, ya verás como lo arreglo; ¡lo voy á poner bueno, como digan dueñas! ¿Tú le has hablado de mí á tu mujer.

GAS. Ya lo creo, mucho. En esta casa á fuerza de nombrarte yo, de hablar de nuestra infancia, de nuestra amistad, constantemente en los dos años que llevo casado, no sólo mi mi mujer, mi suegro, mi tía, mi cuñada, todos te conocen y te estiman. (Francisco llama á la puerta del fondo.) ¿Eh? ¿quien viene ahora á fastidiarnos? ¡Ah! (Tomando un periódico con su faja, y una carta que le da Francisco.) Es el correo.

BAR. Lee, lee, no andes con cump'idos.

GAS. No hay más que una carta (Abriéndola sin mirar el sobre y sacando un retrato.) ¿Qué es esto? (Saca una carta de forma comercial y lee:) «Señora»... ¿Es para mi mujer? (Lee.) «Hemos recibido su grata con tres francos en sellos, y adjunto tenemos el honor de remitirla el último retrato de Pablo Coudray»..

BAR. ¡Demonio!

GAS. ¡Qué te parece! (Indignadísimo.)

BAR. Ante todo me parece que tu mujer no debe recibir esa carta. A ver. (Mirando el retrato.) ¡Y no es feo, este animal!... ¡Vaya unos ojazos!... ¡Y vaya una barba!.. ¡Hermosa barba! (Tira la fotografía sobre la misma mesa donde están las suyas.)

GAS. Si no se la doy volverá á escribir al librero reclamándola.

BAR. Es cierto.

GAS. Mas vale acabar de una vez. Se la entregaré yo mismo y veremos si tiene atrevimiento... (Cogiendo una fotografía que va á meter en el sobre.)

BAR. Eh, no, esa no; esa es la mía. No vaya tu mujer á tomarme por Pablo Cou... (Se queda sin terminar la frase á causa de la idea que acaba de ocurrírsele. Simultáneamente la misma idea se le ha ocurrido á Gastón. Hay que expresar muy bien con el gesto esta súbita inspiración de ambos personajes. La idea hace reir mucho á Barrois y encanta á Gastón. Ambos se tienden la mano exclamando al mismo tiempo.)

LOS DOS ¡Qué idea! (Para que el juego de los retratos resulte más natural y verosímil, los actores han debido hacer la mayor parte de esta escena, sobre todo desde que examinaron los retratos de Barrois, colocados cada uno de un lado de la mesa grande que hay cerca de la chimenea, de tal suerte, que cuando el retrato de Coudray pasó de manos de Gastón á las de Barrois para que éste lo viera, ha sido por encima de dicha mesa; siendo perfectamente natural que Gastón haya dejado sobre la mesa la carta abierta y que Barrois, una vez visto el retrato, sobre la mesa también, donde quedaron esparcidos los suyos, eche la fotografía de Coudray, dando lugar al error de Gastón.)

GAS. ¡Sí, eso es!

BAR. ¡Comprendido!

GAS. ¡Ah, querido Claudio! (Se abrazan.)

BAR. ¡Es un rasgo de ingenio! Una inspiración! (Mientras Gastón mete ostensiblemente en el sobre la fotografía de Barrois y deja la carta y el periódico en la mesita del otro lado, primer termino, Barrois recoge todas las demás fotografías, incluso la de Condray.) Yo recojo todas estas. Ya te las daré después.

GAS. Entonces... ¿Tú vas á pasar aquí por Pablo Condray?

BAR. Con todas sus consecuencias. Quiero que recuperes tu felicidad, que reconquistes á tu mujer. (Alegremente.) ¡Lo que me voy á echar por los suelos, á arrastrarme por el lodo! ¡Verás, verás como me presento como un ser abyecto, repugnante, un grosero, un gañán! Si tu mujer no me toma la más profunda aversión, de aquí á veinticuatro horas, me dejo cortar esta. (Por la cabeza.)

GAS. Te deberé más que la vida.

BAR. Oye ¿No le chocará este retrato vestido de arabe?

GAS. Si esto es cosa usual entre psicólogos decadentes. Ya sabes que Pierre Loti se retrata casi siempre como si estuviese de máscara, según el país por donde anda; y además aquí se dice que Coudray está ahora en Argelia y el librero indica que envía el último retrato, de modo que ..

BAR. ¡Magnífico!

GAS. D monio, pero ¿y el portero, y los criados que te habrán visto?

BAR. No me ha visto nadie. Me he colado aquí de rondón La verja estaba abierta...

GAS. ¡Ah! es verdad, como todos los días; para los touristas que visitan la morada histórica. ¡Maldita sea ella!

BAR. Entonces, todo va bien.

GAS. ¡Divinamente! (Se oye á lo lejos la trompa del automóvil.) Ya vuelven de paseo. Lárgate; que no te encuentren todavía aquí. Dentro de cinco minutos, te presentas.

BAR. Eso es. Caigo como una bomba... (Volviendo.) ¡Ah! ¿Con qué pretexto vengo yo aquí, á mi antigua casa?

GAS. Es verdad... Mira, vienes á buscar algo que hayas olvidado... Sí, eso. (Abriendo un cajón de la mesa del fondo) Este cuaderno de notas.

BAR. Un cuaderno azul, de piel. Corriente.

GAS. ¡Ah! ¡Toma! Esto es superior. Una tarjeta de Pablo Coudray Mi mujer había encontrado tres y las guarda como reliquias.

BAR. ¡Magnífico! ¿No me encontraré con ellos al salir?

GAS. No; ellos entran con el automóvil por la otra puerta del parque.

BAR. Corriente. ¡Hasta ahora! ¡Animo!

GAS. ¡Ah! No preguntes por mí sino por el propietario de la casa, por mi suegro, Colombin.

BAR. Y tú no te vayas á distraer y me tutees.

GAS. No tengas cuidado. Anda, hombre, que van á venir.

BAR. ¡Ya verás! ¡Un gañan! (Se va riendo.)

GAS. ¡Ah! ¡Al fin!... Si hace una hora me lo hubiesen dicho... ¿En qué parará esto?... ¡Bah! ¡Peor que está no puede ponerse la situación!... Disimulemos. (Se sienta en sillón y coge un periódico) Haré como que leo... No, me haré el dormido... Eso desviará mejor toda sospecha. (Deja caer el periódico sobre las rodillas y finge que duerme.)

ESCENA XIII

GASTÓN, COLOMBÍN, MARGARITA, GENOVEVA, CLOÉ, luego BARROIS

COL. Ya estamos de vuelta. ¡Cuarenta kilómetros por hora!

GEN. (Riendo, al ver dormido á Gastón.) ¡Chist! ¡Se ha dormido!

COL. ¡La política no le interesa mucho!

MARG. ¡Como si hubiese algo capaz de interesarle! (Las señoras se quitan los sombreros y los ligeros abrigos que traían y los van entregando, con las sombrillas, á la doncella que habrá salido por otra puerta.)

COL. (Reparando en el periódico y carta.) ¿Ha venido el correo? (Coge el periódico y mira el sobre de la carta.) Hay una carta para tí, Margarita.

MARG. (Tomándola.) ¡Abierta! ¡Ya hasta me vigilan la correspondencia! (Sacando el retrato. Gran emoción.) ¡Ay! ¡Tía!

CLOÉ ¿Qué?

MARG. El retrato de Pablo Coudray.

CLOÉ ¡A ver!
COL. ¡A ver!
GEN. ¡A ver! (Todos se precitan alrrededor de Margarita para mirarlo.

GEN. (Con gran ingenuidad y entusiasmo.) ¡Ay, qué guapísimo es!

COL. ¿Ese mozo es Pablo Condray?

MARG. Ya sabes que está en Argelia.

CLOÉ ¡Qué ojos! ¡Qué energía en la mirada! ¡¡Qué hombre!!

MARG. ¡Y la frente! ¡Y la boca! ¡Qué expresión de nobleza!

COL. ¡Sí que es un buen mozo!

GEN. Y tiene cara de bueno, ¿verdad, papá?

MARG. El tipo que yo me había figurado.

CLOÉ ¡Qué lástima que no hayas pedido más que un retrato!

COL. Puedes mandar hacer una ampliación para tu uso particular Pero hija mía, ¿qué va á decir tu marido? Me parece una locura.

MARG. ¡Como ya lo ha visto antes que nosotros! No me parece ningún crimen.

GEN. ¡Chist. que se despierta! (Genoveva habrá procurado seguir, empinándose por encima del hombro de los demás, mirando el retrato, con ingenuas muestras de que le parece bastante bien el retratado, pero sin exagerar ninguno de estos ademanes. Instintiva curiosidad infantil, agrado, sin darse ella misma cuenta de que es agrado.)

CLOÉ (Aparte contemplando el retrato, del cual se habrá apoderado mientras los demás espían los movimientos de Gastón al despertar, Colombín con cierta escama; Margarita con inquietud algo agresiva; Genoveva con infantil jovialidad.) ¡Ah! ¡Ser amada por un hombre así .. y morir juntos... viejos, muy viejos!...

GAS. ¡Ah! ¿Ya de vuelta? ¿Qué hora es?

COL. Las seis dadas.

GEN. ¡Buen sueñec to!

MARG. (Adelantándose á los acontecimientos.) ¿Eres tú quien ha abierto esta carta?

GAS. (Muy secamente.) Sí, por distracción. Pero descuide usted, será la última.

MAR. (Entrando por la puerta del jardín y cortando la escena.) Señor... (Trae una tarjeta en la mano.)

COL. ¿Qué hay?
MAR. E te caballero que desea hablar al señor.
GAS. (¡Vamos á ver!)
COL. (Leyendo la tarjeta.) ¡¡Ah!!
MARG. ¿Qué?
CLOÉ ¿Qué te pasa?
COL. ¡Pablo Coudray!
GAS. ¡Cómo! (Fingiendo irritación.)
MARG. ¡E!
CLOÉ ¡Cielos! (Casi desmayándose.)
COL. (A Marieta.) ¿Está usted segura de que este señor es Pablo Coudray?
MAR. ¡Yo que sé, señor!
GEN. Ya veremos si se parece á su retrato.
GAS. (A Margarita.) ¡Si usted le ha escrito, como al fotógrafo!
MARG. ¡Yo! (Ofendida.)
GAS. (A Marieta.) Diga usted que no hay nadie en casa.
COL. Imposible.
GEN. ¡Qué desatención!
CLOÉ ¡Dígale usted á ese señor que pase! (Las tres mujeres, instintivamente, van á arreglarse al espejo. Genoveva se pone una flor en el pecho, Cloé una flor enorme en el pelo.)
COL. ¡Es prodigioso! Si me hubiesen anunciado la visita del shah de Persia, no me hubiera sorprendido tanto.
GAS. (Aparte.) ¡Demonio! El doctor Dufresnois conoce á Pablo Coudray y lo va á echar todo á perder. Hay que avisarle. (Alto y fingiendo enojo.) ¡Yo me retiro! (Con ironía.) No quiero turbar sus efusiones de ustedes.
COL. ¡Pero, Gastón!
CLOÉ ¡Déjale, mejor! (Claudio aparece en la puerta de jardín.)
COL. ¡Aquí está!
MARG. (Aparte, muy emocionada.) ¡Dios mío!
GEN. (Aparte.) Sí. ¡Es el mismísimo del retrato!
COL. (¡Hombre, y no está condecorado!)
BAR. Pido á ustedes mil perdones.
COL. Al contrario. (Medio cortado.) Es grandísima honra para nosotros; está usted aquí en su casa.

BAR. Es usted muy amable.

CLOÉ Siéntese usted, maestro. (Acercando una silla.)

BAR. Mil gracias, señora.

CLOÉ (Rectificando) Señorita.

BAR. ¡Ah, perdón! (Colombin ha traído ostensiblemente el sillón de Rousseau, marcando con el gesto que una silla cualquiera es poco.)

COL. Permítame usted que le presente. La señorita Cloé Colombin, mi hermana.

CLOÉ ¡Su más ferviente admiradora! (Reverencia.)

COL. La señora de Baudoin, mi hija mayor; mi hija pequeña, Genoveva.

BAR. Señorita... (¡Qué criatura más rebonita!)

COL. (A Cloé.) ¡Preséntame tú, mujer!

CLOÉ Mi hermano, Estanislao Colombin.

BAR. ¡Muy señor mío! (Apretón de manos.)

COL. ¡Tengo grandísimo honor! Pero, siéntese usted. (Presentándole el sillón.) El sillón de Juan Jacobo Rousseau.

BAR. Hallándome en París por pocos días, no he podido resistir al deseo de volver á ver esta casa y esta comarca donde he pasado días muy felices. Aun sin tener el gusto de conocerles ya contaba con la amabilidad de sus actuales propietarios y la cordialísima acogida que acaban de dispensarme justifica y sobrepuja todas mis esperanzas.

MARG. (¡Qué bien habla!)

BAR. Si no abuso de tan exquisita hospitalidad, mañana me permitiré venir á pasar algunas horas en *nuestro* parque.

CLOÉ ¡Quiera el hado que esa visita le sugiera alguna nueva y sublime poesía!

BAR. (Mirando á las tres mujeres y especialmente á Genoveva.) No me faltarán musas inspiradoras.

GEN. (¡Ay, qué miradas me echa!) (Corta pausa, como si ninguno supiese qué decir.)

BAR. ¡Ah!... ¿Por casualidad han encontrado ustedes por algún rincón un cuadernito, encuadernado en piel azul?

MARG. (Conmovida.) Sí, en efecto.

CLOÉ Esta lo había recogido como una preciosa reliquia.

BAR. Ah, entonces no quiero privarla á usted...

está en buenas manos. Copiaré algunas notas que necesito y se lo devolveré en seguida.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, el DOCTOR; luego GASTÓN

DOC. Señoras, vengo á despedirme. (Reparando en Claudio.) ¡Cómo! ¡El señor Coudray! ¡Mi ilustre cliente! ¿Cómo va, querido maestro?

BAR. (Aparte, estupefacto.) ¡Qué! (Alto.) Perfectamente. (Aparte.) Pero, ¡este me conoce!

DOC. ¿Y qué tal la salud? ¿No hemos olvidado al doctor Dufresnois?

BAR. ¡Qué he de olvidar, doctor! ¡Debiéndole la vida (¡Vuelve por otra!) (Gastón aparece por el fondo.)

CLOÉ Tu marido. (Aparte á Margarita.) Este va á hacer alguna tontería. (Mientras tanto Dufresnoy se ha llevado un poco aparte á Barrois y le dice rápidamente:)

DOC. Nuestro amigo Gastón me ha puesto al corriente de la estratajema.

BAR. ¡Ah!

DOC. Y si en algo puedo ayudarles cuenten conmigo.

BAR. Gracias. (Mientras tanto Cloé, Genoveva y Colombin, han hablado bajo con Gastón.)

GAS. (A los suyos.) No tengan ustedes cuidado, conozco los deberes de la cortesía y de la hospitalidad.

COL. (Presentando.) Maestro, mi yerno Gastón Baudoin, químico distinguido.

BAR. (Calándose el monóculo.) Muy señor mío.

GAS. (Secamente.) Muy señor mío. (Ceremonioso apretón de manos.)

BAR. Usted y yo nos repartimos el análisis del mundo. Para usted los cuerpos; para mí las almas. (Con fatuidad.)

COL. (¡No sabe él la verdad que ha dicho!)

BAR. Pero se hace tarde y voy á regresar á mi alojamiento. (Todos prótestan excepto Gastón.)

GEN. ¡Se va!

COL. ¿A la fonda? ¡De ningún modo!
CLOÉ ¡No faltaba más!
MARG. ¡De ninguna manera!
DOC. Permítame usted, querido Coudray, mi casa es la de usted.
COL. No lo consiento, doctor. El señor Coudray debe alojarse en su *propia* casa No consentiremos, el tiempo que esté aquí, que vaya á otra parte.
BAR. No quiero molestar (El doctor, Colombin y Barrois continúan discutiendo)
CLOÉ (Aparte á Gastón.) Insiste tú, hombre.
GEN. Sí, insiste.
GAS. ¡Yo! Que haga lo que le parezca. Ya debe ser mayor de edad.
MARG. ¡Oh! ¡Qué descortesía!
COL. Conque, acepta usted, ¿verdad?
BAR. No hay medio de negarse á recibir hospitalidad tan cordialmente ofrecida. El doctor no será rencoroso.
DOC. Me someto. Pero me convido á almorzar mañana.
COL ¡Enhorabuena! (Muy contento)
GEN. (El pobre Gastón está furioso.)
CLOÉ Le voy á usted á indicar su habitación.
GAS. (Con sequedad.) No, tía. Eso me corresponde á mí. (Aparte á Barrois.) Tenemos que hablar.
DOC. Hasta mañana, pues.
BAR. Hasta mañana, doctor.
CLOÉ (Aparte á Gastón.) Por lo menos serás amable con él.
MARG. ¡Bien educado!
GEN. ¡Afectuoso!
GAS. Descuidad. Conozco mis deberes de huésped.
GEN. (Aparte) ¿Qué vestido me pondré para comer?
GAS. ¿Viene usted? (A Barrois.)
BAR. Le sigo. (Saludos ceremoniosos. (Cada cual su actitud. Gastón fingida contrariedad. Margarita sentida emoción. Cloé júbilo estático Genoveva ingenua complacencia y preocupación de ponerse muy bonita.— Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BARROIS entra pensativo por la puerta del jardín

¡La verdad es que la cosa no es tan fácil como parecía!... Todo lo que hago y digo les parece muy bien á estas señoras. Y en cambio, á Gastón... no hay más que verle la cara; le saca de quicio mi conducta. ¿Cómo me las voy á componer yo para resultar un ente despreciable?.. ¡No, no basta querer ser un gañán, cuando uno se ha criado en buenos pañales! ¡Total, que anoche, durante la velada, Gastón estaba hecho una fiera y yo... yo, la verdad, estaba como en mi casa entre esta familia tan apreciable!... ¡En buen lío me he metido!

ESCENA II

BARROIS. GENOVEVA entra por el fondo derecha

GEN. (Trae un cestillo en la mano.) ¡Buenos días! (Finge cierto encogimiento al ver que no hay nadie más que Barrois en la habitación y va á marcharse por la puerta del jardín.)

BAR. ¿Huye usted de mí, señorita?... Lo sentiría de veras.

GEN. Mi hermana y mi tía me han prohibido que le distraiga á usted en sus reflexiones.

BAR. Pero ¿quién le ha dicho á usted que ahora esté yo...? (Gesto indicando la imaginación por las nubes.)

GEN. Ten mucho cuidado—me han dicho, mientras desde la ventana de mi cuarto espiaban sus paseos de usted por el parque,—de no hacer ruido, de no hablarle, de no turbar las meditaciones del maestro Sería un dolor retrasar siquiera, hacer que se le escape, distrayéndole, una de sus geniales inspiraciones!

BAR. (Con amable jovialidad.) ¡Señorita; me parece, me parece que se está usted burlando de mí!

GEN. No soy yo, maestro, han sido mi hermana y mi tía...

BAR. En primer lugar, ¿quiere usted hacerme un gran favor? No me llame usted *maestro*.

GEN. ¿No le gusta á usted?

BAR. Me ataca á los nervios.

GEN. ¡Lo comprendo! (Deja el cestillo y se sienta á una indicación de Claudio, que á su vez se sienta ni muy cerca ni muy lejos. En el rostro y actitud de Claudio, se revela el grandísimo placer que le causa hablar con Genoveva.)

BAR. Primer punto en que estamos de acuerdo. Aunque nos conocemos desde ayer, me parece que hemos de ser buenos amigos.

GEN. ¿Usted cree? ¡Yo lo dudo!

BAR. ¿Por qué?

GEN. Porque yo soy muy sencillota, muy prosaica... muy á la pata á la llana. No tengo nada de sublime. (Marcando con cierta burla el adjetivo.)

BAR. ¡Yo tampoco! (Con convicción ingenua y completamente olvidado de su papel.)

GEN. ¿Usted, señor Coudray (Asombrada)

BAR. (Turbándose.) Sí; es decir... entendámonos... cuando escribo, claro está que necesito... Pero, en la vida ordinaria... en la intimi-

dad... soy yo tan llano, tan sencillote... como usted misma dice!..

GEN. ¡Oh!... Eso lo dice usted ahora por galantería, pero seguramente que mis gustos le parecerían á usted de una vulgaridad!... Gracias que mi hermana y mi tía se encargarán de levantar á sus ojos el nivel artístico de la familia... Ya ha visto usted, anoche, con cuanto entusiasmo le hablaban de sus obras. Cualquiera hubiese dicho, al oir la conversación, que las conocían mejor que usted. Ellas repetía á cada paso párrafos enteros; y usted... ¡Si hasta parecía que los oía por primera vez!

BAR. (Algo apuradillo.) ¡Hum!... Es que, ¿sabe usted? no me gusta... hasta me molesta que me hablen de mis libros.

GEN. Pues conmigo estaba usted en grande, no me oirá usted jamás hablar de ellos.

BAR. ¿No los ha leído usted?

GEN. ¡Ni por pienso! ¡Eso está prohibido!

BAR. ¡Bravo!... ¡No sabe usted lo que me alegro!

GEN. ¿De veras?

BAR. ¡Muchísimo! ¿Le extraña á usted?

GEN. ¡Un poco!... ¡Ya había oído decir que los grandes talentos, los genios, son modestos! ¡Pero no tanto!... ¡Mire usted, yo me había formado de usted otra idea!

BAR. ¿Sí?... ¡Y vamos á ver, vamos á ver! ¿Cómo era esa idea? (Muy interesado.)

GEN. Ya se la diré á usted otro día. (Levantándose.) Ahora tengo que ir á coger fresas para el almuerzo (Toma el cestillo.) y flores para estos jarrones; éstas ya estan marchitas. (Reverencia un poco irónica.)

BAR. Tiempo tiene usted.

GEN. No; que es muy tarde.

BAR. (Quitándole con mucha amabilidad, pero con esquisita corrección, el cestillo y dejándolo sobre la mesa. La indica que vuelva á sentarse. El se sienta del otro lado de la misma mesa.) Hay tiempo para todo. ¡Charlemos!

GEN. (Sentándose. Con gran ingenuidad.) ¡Si papá me viese! ¡El que me suele llamar «la señorita

punto en boca!» ¡Verdad es que hay días que no hay quien me saque dos palabras!... Pero me gusta hablar con usted...

BAR. (Jovialmente.) ¿A pesar de la mala opinión que se había usted hecho de mí?

GEN. ¡Ah! ¿Vuelve usted á las andadas?

BAR. Vamos á ver. ¿Qué idea tenía usted de mí?

GEN. ¿Con toda franqueza? ¿No se va usted á enfadar?

BAR. ¡Con toda franqueza! ¡No me enfado!

GEN. Bueno, pues.. Le creía á usted pretencioso, altivo, muy poseído de sí mismo, enfatuado de su gran talento, de sus éxitos... Y veo que me había equivocado de medio á medio.

BAR. ¡Pero de medio á medio! (Con gran convicción.)

GEN. (Exagerando cómicamente.) Me lo figuraba á usted como una especie de seductor pérfido, peligroso, que iba por toda partes trastornando cabezas y robando corazones...

BAR. (Riendo, con cierta complacencia.) ¡Oh! ¡oh! ¿De veras?.. ¿Tan temible me cree usted?

GEN. ¡No! (Riendo.) ¡Ahora que le conozco he variado de opinión!

BAR. (Un poco desconcertado.) ¡Ah!... ¿Y qué más? ¿Qué más?

GEN. Además... pero esto es más grave... ¿No se va á enfadar?

BAR. ¡No! Lo prometo; diga usted.

GEN. Pues bien... Como estimarle, le estimaba á usted muy poco... Hasta le tenía aversión... ¡y se la tengo todavía!

BAR. (Contrariado y con interes.) ¿Por qué?

GEN. (Soltando la frase después de vacilar y resueltamente.) ¡Por sus ideas acerca del matrimonio!

BAR. (Sorprendido.) ¿Mis ideas sobre el matrimonio? ¿Acaso las conoce usted?

GEN. ¡Ya lo creo!

BAR. ¿Y quien se las ha contado?

GEN. ¡El *inefable misterio!* (Con aire de triunfo.)

BAR. ¿Eh? (Aparte.) ¿Y qué demonio será eso?

GEN. ¡Cuando le he dicho á usted que no había abierto siquiera un libro suyo, exageraba un poco! ¡Ese lo he leído de ocultis! ¡Lo empecé.. pero no lo he podido concluir porque me ha indignado!...

BAR. ¿Es posible?

GEN. La pura verdad. Me sentía herida en mis más íntimos sentimientos. ¡Parece mentira que haya sido usted capaz de escribir tales horrores!

BAR. Pero ¿qué horrores son esos?

GEN. De sobra lo sabe usted.

BAR. (Muy aturullado.) Le aseguro á usted que no caigo... (¡Qué habré escrito yo, señor!)

GEN. ¡Dirá usted que estoy muy atrasada de ideas!... ¡Me tachará usted de ñoña, de niña tonta... pero se lo confieso francamente, para mí, no hay nada en el mundo más hermoso que el matrimonio!

BAR. (Olvidando completamente su papel.) Y está usted en lo firme.

GEN. Un marido á quien se ama, que nos adora, que sólo se ocupa de una, mientras una no piensa en nada del mundo más que en él. (Todo con candorosísima ingenuidad.)

BAR. (Con entusiasmo) ¡Ah! Sí; ese, ese es el sueño dorado.

GEN. ¡Y muchos niños, muchos niños! ¡La casa llena de niños!

BAR. ¡Oh! ¡Cuánta razón tiene usted! El amor sólo en el matrimonio; fundar una familia... y muchos niños, ¡muchos niños!... ¡Esa es la verdadera felicidad!

GEN. (Riéndose.) Eso dice usted ahora. Pero quisiera ver lo que diría si se viese con mujer y una caterva de chiquillos.

BAR. ¡Yo! Si yo adoro á los niños... Y que me den una madre que se le parezca á usted siquiera y en seguida me abono á media docena de bebés.

GEN. Gracias por la lisonja... Pero no le creo ni una palabra

BAR. Hace usted mal. Yo le juro por lo más sagrado...

GEN. ¿Habla usted sinceramente?

BAR. Con el corazón en la mano.

GEN. Entonces, ¿por qué sostiene usted en sus obras ideas tan completamente opuestas á sus sentimientos?

BAR. Porque... (Muy aturullado.) Porque... Sí... Seguramente... Quizás.. En realidad... Se deja uno arrastrar... La pluma corre... Hay que dar gusto á todos... Las exigencias del editor... Las exigencias del público... Hace uno muy mal... (La niña esta tiene un modo de razonar que aplasta.)

GEN. Por ejemplo: en la novela de que hablábamos...

BAR. Sí... *La . El misterio ..*

GEN. (Sorprendida de que no da con el título.) El *Inefable misterio.*

BAR. Justo, el *Inefable* .. Bien, ¿qué?

GEN. Supone usted en su heroína Andrea, ¡una muchacha soltera!, ideas sobre el matrimonio que espantan

BAR. No son las mías. (Vivamente.)

GEN. (Vivamente.) ¿Cómo que no? Usted las aprueba, las corrobora.

BAR. ¿Yo?

GEN. Terminantemente.

BAR. Le diré á usted..

GEN. Le da usted constantemente la razón en todos los comentarios. Sin ir más lejos, cuando Andrea dice que la desesperaría ser madre, porque eso deforma el talle.

BAR. Eso es abominable.

GEN. Y tanto.

BAR. Esa Andrea es una coquetuela.

GEN. Una cualquier cosa. Y entonces, ¿por qué á renglón seguido le da usted la razón?

BAR. ¿Yo?... ¡Jamás! Usted ha leído mal .. No ha comprendido usted el sentido... la fina ironía... el humorismo...

GEN. (Levantándose.) ¡Buen humorismo nos dé Dios! Va usted á convencerse. Aquí está su libro, señor Coudray. (Va al estantito á coger un libro sin encuadernar.) Papelitos cantan. (Empieza á hojearlo rápidamente.)

BAR. (¡Y dale con Coudray! ¡Maldita sea su estampa!... ¡Dejar libros semejantes al alcance de una niña!...)

GEN. Busque usted mismo; encontrará usted el capítulo antes que yo. (Alargándole el libro.)

BAR. (Rechazándolo.) No, no; usted. Lo tiene más fresco en la memoria.. Yo, como escribo tanto... y hace tanto tiempo que he escrito esa novela...

GEN. (Estupefacta.) El mes pasado.

BAR. (Aturdido) ¡El mes pasado! ¡Ca!

GEN. Pero hombre, ¿no sabe usted cuándo se ha publicado el *Inefable misterio*??

BAR. ¡Ah!... Es el *Inefable*... Ya, sí; ¡ha escrito uno tanto! Lo confundía con otro *misterio*...

GEN. ¿Cómo?

BAR. Con otro libro que trata el mismo asunto... ¡Vaya, ya lo creo! El *Inefable*... ¡Digo! Publicado el mes pasado! Justo, editado por... (Procurando leer á hurtadillas la cubierta)

GEN. (Notando la maniobra y volviendo el libro.) ¿Por Charpentier?

BAR. ¡Justo, por Charpentier!

GEN. (Poniéndole el libro delante de las narices.) ¡Por Ollendorff!

BAR. ¡Ah, sí! Charpentier era el otro, el que trata el mismo asunto.. ¡Ha escrito uno tanto! (Completamente hecho un lío. Genoveva, con despecho, tira el libro sobre la mesa; coge el cestillo y se encamina hacia el jardín.) Cómo, ¿se marcha usted?

GEN. No me hace gracia que se burlen de mí. (Enojada.)

BAR. ¡Oh, señorita, por Dios, yo soy incapaz!...

GEN. Como si un escritor se olvidase de lo que ha dicho en sus libros. ¿Me cree usted tonta?

BAR. He querido decir...

GEN. (Algo agresiva entre niña y mujer ofendida, y en el fondo sentida y desilusionada.) Confiese usted la verdad, *maestro*. (Recalcando la palabra.) Es más sencillo Le ha parecido á usted de perlas la ocasión para hacerme hablar y anotar unas cuantas observaciones psicológicas sobre el estado de alma de una niña casadera .. y me ha hecho usted el *grandísimo honor* de tomarme por modelo.

BAR. Le juro á usted que no.

GEN. Para darme confianza ha fingido usted rebajarse al nivel de mi pobre imaginación,

compartir mis ideas vulgares; me ha tratado usted como á una buena amiguita, como una buena camarada..

BAR. Protesto.

GEN. En su próxima obra habré servido yo de tipo á uno de sus personajes más ó menos simpáticos. Le doy á usted un millón de gracias.

GAS. (Que hace un momento ha aparecido en la puerta del parque.) Mira, niña, (Entre paternal, burlón y jovial.) hay tres clases de individuos, de cuya conversación hay que huir en este mundo: los posmas, los reporters y los novelistas psicólogos.

GEN. Descuida, Gastón; la lección ha sido buena y la aprovecharé. (Se va haciendo una infantil mueca de enfado á Barrois.)

ESCENA III

BARROIS, GASTÓN

BAR. (Furioso.) ¡Estamos frescos!... Soy yo el burlado y ella la que chilla. (Imitando á Genoveva) «¿Por Charpantier?... ¡Por Ollendorff!» ¡Cómo iba yo á saber!...

GAS. (Que ha ido á mirar por todas las puertas á ver si les oyen) ¡Te portas!... Entreteniéndote en hacer rabiar á la niña en lugar de desacreditarte con mi mujer... ¡Vaya un amigo!

BAR. Más bajo, hombre, á ver si nos oyen.

GAS. No hay cuidado. Se están cambiando la *toilette*. Poniéndose bellas, irresistibles para tí. Y mi suegro, poniendo en orden su museo Rousseau, para darte una sesión de reliquias del gran filósofo. Podemos hablar sin cuidado. ¿Tú te has propuesto divertirte conmigo?

BAR. ¿También tú? Yo no me burlo de nadie. ¿Qué culpa tengo yo de que la niña haya creído?...

GAS. No hablo de la niña. ¿Qué nos importa á nosotros de Genoveva?... Se trata de mi mu-

jer y de Pablo Coudray, á quien tú representas.

BAR. Bien, ¿y qué?

GAS. Que maldito el caso que haces de lo convenido. ¿En qué habíamos quedado? ¿Qué me habías prometido?

BAR. Te dije...

GAS Me dijiste, estas fueron tus propias palabras: «¡Me voy á echar por los suelos, á arrastrarme por el lodo! Verás, verás, como me presento como un ser abvecto, repugnante; un grosero, un gañán.» ¿Lo has dicho ó no lo has dicho?

BAR. Sí; pero yo no sabía... (Viendo llegar al Doctor.) ¡Cuidado, que vienen!

ESCENA IV

DICHOS, el DOCTOR DUFRESNOIS

DUF. Señores...

GAS. Buenos días, Doctor.

DUF. ¿Todo el mundo bien?

GAS. Perfectamente.

BAR. Oye. Preséntame al Doctor con mi verdadero nombre.

GAS. Mi amigo Claudio Barrois. (Presentando.)

DUF. Muchísimo gusto... (Apretón de manos. A Gastón.) He venido temprano para terminar en el laboratorio los análisis que empecé ayer. (Hace como que va hacia el laboratorio.)

GAS. Un momento, Doctor. Le necesito á usted.

DUF. A sus órdenes.

GAS. ¿Ya sabe usted lo que Claudio me prometió respecto á Pablo Coudray?

DUF. Perfectamente. Desprestigiarle por completo en esta casa. ¿Y qué tal va la farsa? ¿Qué pasó anoche?

GAS. Absolutamente nada. El señor que decía: «Me dejo cortar esta (La cabeza.) si dentro de veinticuatro horas tu mujer no me ha tomado la más profunda aversión» tiene encantada á toda la familia. ¿Sabe usted lo

que hizo anoche? Deslumbrar á todo el mundo con su gracia, su ingenio, su galantería, su conversación...

BAR. ¡Naturalmente!

GAS. ¡Como si hubiese venido aquí á dárselas de hombre de mundo y de gracioso! ¡Pero, por lo visto, necesita que le admiren, que le agasajen!... ¡Yo me despepitaba á hacerle señas, le confundía con mis miradas! ¡Y él como si tal cosa! ¡Mi mujer estaba encantada, pendiente de sus labios!

BAR. (Al Doctor.) Es una señora muy inteligente.

GAS. Después de comer, el señorito, no contento con el éxito de su conversación, se sentó al piano; ¡cantó como un angel, tocó como un maestro!

BAR. ¡A Genoveva se le saltaron las lágrimas cuando toqué aquellas frases de Schumann!

GAS. ¡Ahí lo tiene usted!... Yo casi creí que mi mujer se iba á desmayar de emoción y que mi tía se iba á desvanecer de gusto. Si se hubiese encargado de trastornarles el juicio no lo hubiese hecho mejor. ¡Hasta mi suegro estaba alelado con él! ¡Pero sobre todo mi mujer!

BAR. ¡Sí; es una naturaleza fina; alma de artista!...

GAS. Pero, ¡con mil demonios! ¡yo no te he dicho que te hagas simpático á mi mujer! ¡Ni que te hubiese pedido que le hicieses la corte!

BAR. ¡Ni pienso! ¡Chico, de eso puedes estar tranquilo!

DUF. Diga usted. Puede que no fuese mal sistema. ¡Una corte asidua, apremiante, brutal, que la indignara, que le repugnase!

GAS. No, gracias, no me gusta el procedimiento. Prefiero lo otro. Pero si eso es lo que tú llamas arrastrarte por el lodo, mostrarte abyecto, parecer un gañán...

BAR. Hijo mío, la cosa no es tan fácil; no es uno un gañán siempre que quiere.

DUF. ¡Yo no podría!

BAR. Y además; no hay que violentar las cosas. Si de buenas á primeras me hubiese yo puesto á decir inconveniencias, á cometer

groserías, no hubiese resultado verosímil. Un hombre como Pablo Coudray debe saber estar en sociedad.

DUF. Tienes razón.

GAS. En fin; ¿sí ó no? ¿vas á cumplir lo prometido?

BAR. Sin duda.

GAS. ¿Entonces á cuándo esperas? ¿Cuándo empiezas?

BAR. A la primera ocasión que se presente.

GAS. Mira, en el almuerzo tendrás mil ocasiones. ¿Qué pienzas hacer?

BAR. ¿En el almuerzo?... Pues... comer, beber...

GAS ¡Eso! Come mucho, glotonamente. ¡Atrácate!... ¡Moja pan en las salsas, coge los huesos con los dedos!

BAR. ¡Eso no!

GAS Sí, atrácate; eso es antipoético. Y luego bebe, bebe... ¡Hombre, emborráchate; así, á los postres dices mil inconveniencias!

DUF. ¡Es usted feroz!

BAR. Vamos, ¿tú sabes lo que dices? ¡Me tendrías que echar á la calle! ¿y con qué cara volvía yo á presentarme aquí!

GAS ¡Bueno, pues te echaré! Ninguna necesidad tienes de volver aquí. Yo iré á verte. ¡Ah!... Ya se me olvidaba. (Sacando una pipa de barro muy negra) ¡Toma!

BAR. Y qué es esto.

GAS ¡Una pipa!.. ¡La pipa del jardinero! Me la he encontrado en la estufa y en seguida se me ocurrió: ¡esta para Coudray! A mi mujer le repugna el tabaco.

BAR. ¡Y á mí la pipa! (Gesto de asco)

DUF. ¡Y esta es repugnante ve veras!

GAS. Apesta, ¿verdad? Te pones á fumarla cuando estén aquí las señoras. ¡Verás qué efecto les hace!

BAR. ¡Sí; y yo pierdo el estómago!... gracias. ¡La pipa del jardinero!... ¡Puaf! (Gestos de asco.)

GAS. ¡Vaya, si no quieres hacer nada por mí, si te vuelves atrás, lo dices! ¡Vaya un amigo!

BAR. No me vuelvo atrás, pero no me pidas cosas imposibles. Dame tiempo, déjame escoger

medios eficaces, verosímiles. ¡Quién va á creer que Pablo Coudray come con los dedos y fuma esa porquería!... Déjame hacer, confía en mí..

GAS. (Viendo llegar á Cloé.) Mira, ahí viene la tía. Anda con ella. Ensáyate.

BAR. ¿La tía? Corriente. Así me iré acostumbrando. (Con esta sí que me atrevo.)

DUF. Y yo me escapo al laboratorio á seguir mis análisis. Buena mano. (A Barrois.) y hasta luego. (Saludando á Cloé.) ¡Señorita!..,

CLOÉ ¡Doctor! ¡No olvide usted que hoy almuerza con nosotros!

DUF. ¡Qué he de olvidar! (Cloé viene muy compuesta y «rejuvenecida.»)

ESCENA V

DICHOS, CLOÉ

CLOÉ Querido maestro, ¿qué tal ha descansado usted?

BAR. Divinamente; he dormido como un tronco, lo que se llama como un tronco. (Se coloca el monóculo y toma el aire más impertinente posible.) De seguro que según mi buena costumbre he hecho temblar las paredes á ronquidos.

CLOÉ ¿Pero usted ronca, maestro? (Como si oyese una blasfemia.)

BAR. Como un... órgano, en el tono bajo.

CLOÉ ¡Oh, imposible!

BAR. Es la pura verdad. ¿Y por qué ocultarlo?... Después de todo, ¿qué mal hay en ello? Todo el mundo, cuando duerme bien, ronca. Usted misma de seguro, señorita...

CLOÉ (Ofendida.) ¡Jamás!

BAR. ¡Bah!.. Sea usted franca como yo. ¡Qué diablo!, no es ninguna deshonra.

CLOÉ Le aseguro á usted...

BAR. Como si la estuviese á usted viendo (Mirándola con el monóculo impertinentísimo) en chambra, tendida en la cama, con su gran cofia, la

boca abierta y armonizando agradablemente los tonos severos del trombón con los finísimos de la flauta. ¡Ja, ja! (Imitando los ronquidos mezcados con ligero silbido.)

CLOÉ ¡Qué horror!

GAS. (Aparte á Barrois.) ¡Bravo! ¡Aprieta!

BAR. Pero, ¿por qué negarlo, es algún crimen? Y usted que duerme... sola... no puede molestar á nadie

CLOÉ ¡Caballero! (Indignadísima.)

GAS. (Fingiendo molestarse.) Siento decirle á usted que esta broma me parece demasiado familiar...

BAR. Diga usted que esta señora... digo señorita, es de una coquetería... exagerada para su edad.. (Con finura impertinente.)

GAS Me parece señor Coudray...

CLOÉ Deja, Gastón, deja. (Ahogada por el despecho.) No hagas á los chistes poco ingeniosos de este señor literato el honor siquiera de tomarlos á ofensa... Ciertas cosas se desprecian. (Marchándose. Aparte.) ¡Grosero!... ¡Chupatintas! (Vase.)

BAR. (Quitándose el monóculo y recobrando su aire habitual.) ¿Eh? ¿Qué tal?

GAS ¡Superior! ¡Admirable!

BAR. Me parece que la he despachado pronto.

GAS. ¡Lo que es esta no te la perdona en su vida!

BAR. (Recapacitando.) ¡Demonio! ¿Tú crees?... ¿No habré ido demasiado lejos?

GAS. ¡Ca! Y después de todo, á tí que te importa de mi tía...

BAR. Ya, sin querer, habia enojado á Genoveva; si ahora su tía me toma entre ojos...

GAS. Bueno, ¿y qué?

BAR. Acabaré porque nadie de la familia me pueda ver ni en pintura.

GAS. Con eso cuento... Hazte ahora aborrecible á mi mujer y puedes marcharte bendito de Dios, y sobre todo con todas mis bendiciones.

BAR. ¡Ah! ¿De modo que tú mismo me pondrás de patitas en la calle?

GAS. ¡Claro! Como que tu situación aquí será im-

posible. Y después de todo, ¿á tí qué te importa esta familia?

BAR. Me importa mucho.

GAS. Nos veremos tú y yo fuera de aquí. ¡Ah! ten mucho cuidado con mi mujer... Si te adula, si te halaga, no te hagas de miel...

BAR. No tengas cuidado.

GAS. Sólo debes pensar en rebajarte á sus ojos, en despoetizarte, en tirarte por los suelos, en hacerte antipático y despreciable.

BAR. Convenido.

ESCENA VI

DICHOS, COLOMBIN

COL. ¿Cómo va esa salud, señor posta? ¿Se ha descansado?

BAR. Divinamente; roncando como un bendito toda la noche.

COL. Eso es bueno. (A Gastón) ¿Qué demonios le pasa á mi hermana? Iba por el jardín renegando, manoteando, hablando sola...

BAR. Nada, una broma ligera... quizás un poco pesada... que yo me he permitido y que parece haberla molestado... He hecho mal y he de pedirla mil perdones. (Gastón le hace señas de que así no va bien.)

COL. ¡Oh! No prosiga usted. ¿Y qué tal, qué tal? ¿Ha dado usted ya el paseíto matinal por el jardín?

BAR. (Olvidándose de su papel) ¡Oh, sí! Es hermosísimo el jardín; ¡qué árboles! No creí que los hubiese tan grandes en toda Francia.

GAS. (¡Torpe!) Pero usted ya los conocía bien. (Haciéndole señas)

BAR. ¡Vaya!... ¡Sí!... Quiero decir... que en ninguna parte he visto árboles más grandes que los de *nuestro* jardín.

COL. ¿Y la gruta? ¿Eh? ¿Qué me dice usted de la gruta?

BAR. ¡Soberbia! ¡Si supiese usted el gusto que me ha dado *volverla* á ver!

COL. (Sorprendido.) ¡Ah!

GAS. (Haciéndole señas.) ¡Si no la había usted visto nunca! Mi suegro la ha hecho construir cuando compró la finca

BAR. (¡Nos caímos!) Dispense usted. (Con impertinencia.) La había visto ya... En Italia, cerca de Florencia.

COL ¿Cómo?

BAR. Sí, señor; sólo que esta, copia exacta de la de Italia, es bastante más pequeña.

COL. ¡Fíese usted de los arquitectos! ¡El mío, que se alababa de la originalidad de la obra! Y me ha puesto cinco mil francos por los planos. (Aparte.) Le rebajo la mitad. (Margarita entra por el fondo con un libro en la mano.) ¡Ah! Aquí está mi hija.

ESCENA VII

DICHOS, MARGARITA

GAS. (Aparte á Barrois.) ¡En guardia! ¡Ataca de firme!

COL. ¡Qué *toilette!* ¡Estás espléndida!

BAR. Señora... (Saludando.)

MARG. ¿Cómo va, querido maestro?

BAR. Muy bien, ¿y usted, señora?

MARG. Yo acabo de pasar una hora deliciosa con usted.

BAR. ¿Conmigo? (Colombin coloca en el centro de la escena el sillón de Rousseau para que se siente Barrois.)

MARG. (Mostrando el libro, que deja sobre la mesa.) Volviendo á leer su obra maestra *Los besos mortales.*

BAR. ¡Ah! ¿Ha vuelto usted á leerlos?... (Aparte.) ¡Como tenga que hablar de ellos me luzco!

GAS. (Aparte á Barrois.) ¡Anda con ella!

MARG. ¡Qué intensidad de poesía! ¡Y qué variedad! ¡Todas las cuerdas de la lira han vibrado bajo su poderosa inspiración!

GAS. (Aparte á Barrois que se iba ablandando con las miradas apasionadas de Margarita.) Vamos, hombre, ¿qué haces?

BAR. (¡Ah, sí!) (Se planta el monóculo, cruza una pierna sobre otra, y con el aire más fatuo é impertinente posible, dice pausadamente:) ¡Sí, en efecto; creo que de Víctor Hugo acá no se ha escrito nada más admirable!

COL. (¡Caracoles!) (Sorprendido de la frescura.)

BAR. (Desdeñoso.) ¡Y todavía Victor Hugo!... ¡Ptss! Muy burgués, pretencioso... ¿Qué quedará de la obra de Víctor Hugo dentro de veinte años? (Colombin se hace cruces.)

GAS. (Con ironía.) ¡Bien poca cosa! Mientras que usted, maestro...

BAR. ¡Yo, amigo mío, (Cada vez más fatuo.) estoy tranquilo! Ni una sola de mis obras perderá con el tiempo. Mis versos son de bronce. Mis novelas la historia del alma contemporánea. ¡Cada libro un monumento!

MARG. ¡Oh, sí!

COL. (Aparte.) (¡Yo creo que se está quedando con nosotros!) ¿Habla usted en serio?

BAR. ¡Yo no bromeo nunca, cuando se trata de mí!

COL. Dispense usted.. yo creía.

GAS. (Irónico.) Sabe usted apreciarse en su justo valor.

BAR. Y tengo el valor, raro en estos tiempos, de decir en voz alta lo que pienso. Cuando escribo versos sublimes me parece que lo menos que puedo hacer es ser el primero en enterarme de ello.

GAS. ¡Es evidente!

MARG. (Aparte.) ¡Qué confianza en sí mismo!

COL. Lo que me sorprende es que todavía no esté usted condecorado.

BAR. (Despreciativo.) ¡Si hubiera querido!... Pero eso es ya una vulgaridad... ¿Quién no está hoy condecorado?

COL. ¡Yo!

MARG. Y no por falta de ganas. (Riendo.)

BAR. Para tener la cruz hay que pedirla... ¡y eso, jamás!

MARG. (Aparte.) ¡Es altivo!

COL. Yo la pido todos los años .. y como si no...

BAR. ¡Cuando uno se llama Pablo Coudray acep-

ta, no solicita!... (Gesto despreciativo.) Yo estoy por encima de las recompensas oficiales; me basta con la admiración de la humanidad.

COL. ¡Es usted de bronce, como sus obras!

MARG. De todas sus poesías, la que más me gusta es *La alborada á Yolanda.*

BAR. ¡Ah! *¡La alborada!* ¡Mi más hermosa inspiración!

MARG. (Recitando)

«Como el niño, aterrado, en sueños llora,
y sólo calma, con su luz que alegra,
el alba al despertar, así, en la negra
sombra de las ausencias, mi alma implora
una esperanza, un rayo de alegría...
¡Llegas tú!... ¡Todo cambia!... ¡Luce el día!»

BAR. (Extasiándose.) ¡Es exquisito!... (Con impertinencia.) Mal recitado.

MARG (Avergonzada.) ¡Ah!

BAR. Pero exquisito; esa es la palabra.

COL. (Aparte) ¡Es fino el maestro!

GAS. Lo que yo prefiero, en *Los besos mortales...*

BAR. ¡Ah! ¿Usted los ha leído *Los besos?...* (Tienes más suerte que yo.)

GAS. ¡Ya lo creo! Lo que más me ha llegado al alma es *La escala de amor.*

BAR. *¿La escala?* ¡Mi más elevada inspiración!

COL. (¿También esta?)

BAR. (Con convicción sincera.) ¡Es hermoso; verdaderamente hermoso!

MARG. Sí, pero poco amable para las señoras.

GAS. ¡Pero tremendamente verdadero! ¡Observado, vivido!

BAR. ¡Tengo la costumbre de esculpir en carne viva!

COL. (¡Qué fatuo!)

GAS. (Hablando con el alma, como quien defiende su propia causa.) ¡Cuántos hombres que han cifrado en un sólo y único amor todas sus alegrías, todos sus sueños, todas sus esperanzas... llegan á sentirse mal comprendidos, desdeñados, hasta se ven objeto de burla de la mujer á quien quieren más que á su vida! (Margarita parece conmoverse.)

COL. (Aparte.) ¡Pobre Gastón!

MARG. Cuando dos corazones dejan de comprenderse, ¿por qué ha de ser siempre la mujer la culpable? (En tono de sentido reproche.)

BAR. (Vivamente.) ¡Al contrario, es el hombre, siempre el hombre!

GAS. ¿De veras?

BAR. Si la mujer le deja, es que no supo hacerse amar. Amar no es nada, ¡ser amado es todo!

COL. (¡Vaya una moral!)

BAR. ¡Y para hacerse amar, todos los medios son buenos!

GAS. ¿Cómo?

BAR. Por ejemplo: ¡yo! Yo puedo decir que he sido... ¡y soy! el hombre más buscado, el más adulado, el más amado de todo París.

COL. (Aparte.) ¡Es repugnante!

BAR. Así puedo decir que tengo cierta experiencia de las mujeres. Pues bien, he observado que hay algunas, y no pocas, muchas más de las que se cree, de las cuales no se puede hacer carrera sino... zurrándolas.

MARG. ¡Oh! (Con disgusto.)

GAS. ¡Pero eso es odioso!

COL. ¿Pero cómo? ¿Usted?... (Haciendo la seña de pegar.)

BAR. Algunas veces sí, (se habrá puesto de pie) y siempre me ha dado resultados admirables. ¡Me adoraban!

COL. (¡Qué tío!) (Se lleva al fondo el sillón de Rousseau. Margarita se ha quedado pensativa.)

BAR. (Aparte á Gastón. ¡Si ahora no estás contento!

GAS. ¡Bravo! ¡Bravísimo!

MARG. (Aparte como si lo dedujese de sus reflexiones.) ¡Ah! ¡Qué energía debe poner en sus pasiones!

ESCENA VIII

DICHOS, GENOVEVA

GEN. (Entra con un canastillo lleno de flores; viene del jardín.) Gastón; el Doctor dice que hagas el favor de ir al laboratorio. (Barrois en cuanto entra Genoveva, varía de actitud y deja caer el monóculo.)

GAS. Voy al momento. Mira, Genoveva, haz el favor de no dejarte abierta la puerta del jardín, al Sr. Coudray le hacen mucho daño las corrientes de aire.

BAR. ¿A mí?

GAS. Como padece de reuma...

BAR. (¡Caracoles!) ¡Perdone usted! No. .

GAS. Hace poco me decía que este invierno estuvo baldado.

MARG. (¿Cómo?)

BAR. ¡Yo!

GAS. ¿Por qué negarlo? No es ningún crimen.

GEN. (Burlona.) Pierda usted cuidado, no me volverá á suceder. ¿Quiere usted que pongamos aquí el bïombo?

BAR. ¡Ah! No, no. (Furioso é indicando que no lo permite.)

GEN. ¡Pobre señor! (Más burlona.) ¡Tan joven y ya tan achacoso! ¿Qué lástima?

BAR. (A Genoveva, con alguna intención.) Sí; tengo poca suerte.

GEN (¡Está furioso!) (Vase por el fondo llevándose las flores; se para un momento y vuelve á decirle con mucha sorna.) ¿Quiere usted la bata y el gorro de papá?

BAR. Señorita, ¡por Dios! ¡No es para tanto!

GEN. ¡Já! ¡já! (Se va riendo.)

BAR. (Aparte por Gastón.) ¡Esta me la pagas!

GAS. (A Colombin.) Ahora que recuerdo. ¿Hay en casa aguardiente?

COL. ¿Aguardiente?

GAS. Si no, envíe usted por unas botellas; el señor Coudray me ha confesado, que no puede trabajar sin una botella de aguardiente al lado del tintero.

MARG. (Aparte á Colombin.) ¡Aguardiente! (Con repugnancia.)

COL. (¡No, no me choca; estos genios á lo mejor cogen cadan mona!)

BAR. (¡Esto es abusar de uno!)

COL. Voy á enviar ahora mismo. ¿Qué clase prefiere usted, maestro?

BAR. No, no corre prisa. (Secamente.)

GAS. Del más fuerte, del peor, bala rasa.

BAR. (Que te parta á tí, ¡animal!

COL. (Aparte á Margarita.) Encantador; tu delicado poeta ¡un alcohólico!

GAS. (Aparte á Barrois.) (¡Duro, chico, duro con ella!) ¿Vamos, papá?

COL. Sí, vamos. ¡Ah! y cerremos bien, no le dé el dolor al maestro. (Con sorna Vanse. Gastón haciendo señas á Barrois y éste á Gastón como quien dice: Esto es superior á mis fuerzaS)

ESCENA IX

BARROIS y MARGARITA

BAR. Nada; ¡que estan quedándose conmigo! ¡Me han aviado! ¡Achaccso y boracho perdido! ¡Bonita recomendación para la familia! ¡Y aun no hemos acabado! Ahora es menester que sea un grosero, un sin vergüenza, un ente aborrecible... y ante una mujer encantadora. ¡Ah, si yo hubiera sabido en la que me metía!)

MARG. ¡Cuánto siento, querido maestro, haberle parecido tan mal!

BAR. ¿Cómo?

MARG. No acertando á dar sentido á sus versos.

BAR. ¡Oh! Señora; no se preocupe usted.

MARG. Es que ante una persona del talento de usted, me turbo, me corto y no acierto...

BAR. No es para tanto, señora. (Olvidando el papel.) Yo soy bien poca cosa...

MARG. ¿Y si supiera usted la alegría, la emoción que me ha producido su llegada á esta casa? ¡Desde hace tanto tiempo vivía en comunidad de ideas con usted! ¡He pasado tantas horas leyendo, admirando y releyendo sus obras, esos libros que han puesto ante mis ojos mundos ignorados, que han abierto mi alma á sentimientos desconocidos!... ¡Nunca podrá usted imaginar cuánto le debo! (Entusiasmándose.)

BAR. (Olvidando completamente su papel y halagado, al verse piropear con tal entusiasmo por una mujer tan guapa,

con la más exquisita galantería.) ¡Señora, usted me confunde, hasta me voy á poner colorado! Realmente, no sé cómo corresponder á tanta benevolencia, tanta amabilidad, tanta... (De pronto, cae en la cuenca, y volviendo á su papel, en transición rápida, se cala el monóculo.)

MARG. ¿No me guarda usted rencor de haber dicho tan mal sus versos?

BAR. ¡De ningún modo! Cuando un pianista adocenado desuella la *Sonata patética*, la obra maestra de Beethoven no deja por eso de ser una obra maestra. Se silba al ejecutante ¡pero la inspiración del maestro sigue siendo inmortal!

MARG. (Picada.) ¡Es usted severo! (Va á la mesita y saca del cajón el cuaderno de Coudray.)

BAR. (¡Se picó! ¡Esto marcha!... ¡Pero es muy duro tenerle que decir estas inconveniencias!)

MARG. Voy á devolverle á usted su cuaderno y varias otras menudencias que he encontrado en este cajón.

BAR. El cuaderno se lo devolveré como le prometí

MARG. (Siempre picada.) ¡Mil gracias!

BAR. (Hojeando el cuaderno.) ¡Oh! ¡Y tiene usted suerte!... ¡Guárdelo bien!.. Para un aficionado á autógrafos esto valdría lo menos quinientos francos...

MARG. (Vivamente.) ¡Ah! Entonces quédese usted con él, sentiría de veras perjudicarle.

BAR. ¡Vaya que no! ¡Yo no tengo más que una palabra! Lo ofrecido es deuda. (Guardándose el cuaderno.)

MARG. Aquí hay una pluma, tres tarjetas... no, no hay más que dos.. falta una.

BAR. (¡A ver si descubre!..) ¡Oh! Deje usted, no se moleste, esos objetos no tiene ningun valor... puede usted conservarlos.

MARG. Es usted muy generoso. (Irónica.) ¡Ah! tambien aquí dos cuentas del carbonero... suman 175 francos.

BAR. Con el «recibí,» por supuesto.

MARG. No; sin el recibí.

BAR. ¡Ah! Entonces, no hay para qué guardarlas. (Las rompe.) ¡No las pienso pagar!

MARG. Pero si las debe usted...

BAR. (Riéndose.) ¡Vaya una razón! En primer lugar, estoy aquí de riguroso incógnito. Y luego, estos tenderos, (Despreciativo.) dicho sea entre nosotros, bastante nos roban á diario para que no aprovechemos la ocasión de resarcirnos.

MARG Tiene usted la manga ancha.

BAR. Anchísima.

MARG. Aquí hay también tres cartas: dos firmadas Gabriela. (Suspiro mal contenido.) la otra está escrita por usted...

BAR. ¿Por mí? Hombre, á ver qué dice. (Coge la carta.)

MARG. Usted me perdonará que la haya leído; no fué indiscreción, sino curiosidad literaria.

BAR. (Leyendo difícilmente.) «Ado...» «Hor... (Aparte.) ¡Vaya una letra indecente! (A Margarita.) Tengo una letra tan imposible, que yo mismo no la entiendo... Usted, de seguro, no la ha podido...

MARG. Me la sé de memoria.

BAR. ¡Bah! (Tratando de leer.) «Hortensia... adorada...»

MARG. (Recitando.) «Hace apenas dos horas que te has separado de mí, alma de mi alma, y tu imagen adorada sigue á mi lado, sin apartarse de mis ojos ni de mi corazón. Tu aroma flota á mi alrededor, mis labios conservan el aliento de los tuyos. ¡Estás aquí: tus ojos claros me inundan de luz y en ellos leo la tierna confianza del abandono! ¡Quiero trabajar, y es en vano! La pluma, inútil, permanece inmóvil entre mis dedos y mi pensamiento, rebelde ante la frase comenzada, se lanza hacia tí, á tí vuela todo entero como mi corazón lleno de tí, y mi alma enteramente tuya ..»

BAR. (¡Y qué retebién ha dicho todo esto!) (Dejando caer el monóculo entusiasmado.)

MARG. (Pensativa, emocionada.) Hermosa debía ser para inspirar tal pasión. ¡Jamás me escribirá á mí nadie una carta parecida!

BAR. ¡Confieso que una temporada tuve por ella

algo así... vamos, un capricho!... ¡Guapa muchacha, eso sí! .. ¡Pero sentimental, romántica... cargante! Y á mí ¿sabe usted? las mujeres sentimentales... (Gesto de desdén.) Y luego tenía la manía insoportable de recitarme mis versos.

MARG. ¿Tan mal como yo? (Picándose otra vez.)

BAR. ¡Así es que en cuanto me la pude sacudir... sin violencia, sin escenas!...

MARG. ¿Y le escribía usted cartas como esta, con el lenguaje de la pasión?

BAR. (Sonriendo.) Eso es más bien lo que llamamos... literatura. Precisamente en esa época escribía yo una novela para la Revista de París; y en ella insertaba, sin omitir palabra, todas las epístolas incendiarias que enviaba á la sentimental Hortensia.

MARG. (Conteniendo su indignación.) ¿Sus cartas? ¿Sus cartas de amor?

BAR. ¿Qué mal había en ello? Mi amada las cubría de besos... y en la Revista me las pagaban á cien francos la página. (¡Ave María Purísima!)

MARG. ¡Eso es abominable! ¡Traficar así con los más nobles sentimientos! ¡mezclar el amor y el interés.

BAR. Nada más natural. Hay que dejarse de romanticismos. Hay que ser prácticos.

MARG. (Amargamente.) ¡Prácticos!

BAR. Por ejemplo; cuando uno se casa, ¿no piensa ante todo en la dote?

MARG. ¡No siempre, á Dios gracias!

BAR. Sí; ya sé que hay algunas raras excepciones. ¡Pero tan pocas!... Usted, por ejemplo. Vamos, aquí en confianza... Su marido de usted no se casó sólo por su linda cara (Gesto indignado de Margarita.) ¡por más que como bonita, vaya si es boni a esa cara!

MARG. ¡Se equivoca usted, maestro! (Estallando de indignación.)

BAR. ¡Vaya! ¡Vaya! (Incrédulo.)

MARG. Mi marido se casó por amor, únicamente por amor.

BAR. (Burlón.) Entonces es un héroe. ¡Debe usted

estar orgullosa y apreciarle con todo su excepcional valor!

MARG. ¡Puede usted estar seguro de que sus teorías me lo hacen apreciar todavía más, muchísimo más!

BAR. ¿De veras? ¡No sabe usted cuánto me alegro!... Me encanta haber hallado en mi camino un matrimonio donde el amor reina y el dinero no gobierna! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (Genoveva aparece por la puerta del fondo trayendo el florero con las flores nuevas que antes traía del jardín. Barrois al verla cambia por completo de actitud y deja caer el monóculo.)

ESCENA X

DICHOS, GENOVEVA, luego GASTÓN

GEN. Cuidado, hermanita, no te fíes del señor Coudray. Tiene una habilidad especial para hablar á las mujeres, para arrancarles sus confidencias...

BAR. ¡Por Dios! ¿Todavía rencorosa? (Muy amable.)

GEN. Y enseguidita intercala esas confidencias involuntarias en sus famosas novelas.

MARG. Es muy aprovechado. (Con ironía despreciativa.)

BAR. ¡No lo crea usted! (Gastón, sin ser visto, asoma por una de las ventanas entreabiertas y escucha.)

GAS. (¿A ver, cómo va esto?)

MARG. Puede usted utilizar con entera libertad nuestra conversación. ¡Yo mantengo lo dicho! Según usted, en este mundo no hay más que el dinero.

GEN. ¡Oh! (Escandalizada.)

GAS. (¡Bravo!)

BAR. ¡Usted me ha comprendido mal!...

MARG. Y la dote es lo único importante para el hombre...

GEN. ¿Es posible? (Indignada.)

GAS. (¡Bravísimo!)

BAR. ¡¡No señora; yo no he pensado jamás semejante cosa!!

MARG. ¿Lo va usted á negar ahora?

BAR. Sin duda no me he explicado con claridad.

GAS. (¡Se retracta!)

BAR. (Con gran convicción, con fuego.) ¿El dinero?... ¡Nadie lo desprecia, nadie lo detesta tanto como yo!... Si hoy reina y ostenta su poderío con detestable impudicia...

GAS. (¡Qué dice!) (Metiendo medio cuerpo por la ventana, intentando hacerse ver de Barrois y haciéndole señas desesperadamente Ni Barrois, ni las otras le ven.)

BAR. Si habría que estar ciego para no observar este rebajamiento de caracteres, esta corrupción de las conciencias, ¿quiere esto decir que yo lo apruebe? ¡Pensarlo siquiera es hacerme la mayor de las ofensas!

GAS. (¡Estúpido!) (Avanza más, pasando una pierna por la ventana y continuando sus aspavientos que el otro no ve.)

GEN. ¡Ah! ¡Margarita! ¡Qué lenguaje! ¡Qué sentimientos!

GAS. (¡Qué animal!) (Colándose por completo en la habitación.)

BAR. ¡Al dinero, al vil metal, que mancha, que corrompe, opongo yo el amor, que redime, purifica é ilumina las almas! ¡Yo cambiaría todos los tesoros del mundo por la gracia de Julieta, por la sonrisa de Margarita!

GEN. ¡Precioso! ¡Divino!

MARG. (Aparte. Emocionadísima.) ¡Margarita! ¡Mi nombre!

GAS. (¡Ni que lo hiciese apropósito!)

GEN. ¡Qué elocuencia! ¡Qué poesía!

GAS. (¡Hay que llamarle al orden!) ¡Genoveva! (Adelantándose.) Tu tía te llama.

BAR. ¡Ah! ¿Estaba usted ahí? (Contrariado de verse cogido.)

GAS. ¡Sí, *maestro*, (Con rabia é ironía.) y me alegro de haber oído sus inspiradas frases!

BAR. ¡Usted me adula!

GAS. (Aparte. A Barrois rápidamente.) ¡Te voy á romper un hueso!

GEN. ¡Voy á ver qué quiere la tía! (A Barrois.) Vengan esos cinco. Le perdono á usted lo de antes. (Se va.)

MARG. (¿Habrá oido lo de Margarita?)

GAS. Yo voy contigo. (A Genoveva.) No quiero cortar la inspiración del maestro.

BAR. ¡No; usted no molesta!

GAS. (Como antes.) ¡Como no cambies de tema, nos veremos!

BAR. (No tengas cuidado. ¡Ahora verás!)

GAS. ¡Siga usted, siga usted poetizando! (Se va echándole miradas terribles.)

ESCENA XI

BARROIS, MARGARITA

BAR. (Aparte.) ¡Está furioso! Si hubiese sabido que escuchaba... Procuremos enmendarnos. ¡Uf, qué trabajo! (Calándose el monóculo.) Cualquiera diría que á su marido de usted no le ha hecho gracia la alusión á la amada de Fausto.

MARG. ¡Quizás! (Un poco seria.) La coincidencia de nombres...

BAR. ¿Acaso es celoso? ¡Qué ridiculez! (Con mucha impertinencia.)

MARG. Los celos, cuando nacen de un sincero afecto no son ridículos, sino respetables. (Con cierta sequedad.)

BAR. ¡Celoso! (Riéndose á carcajadas.) ¡Eso está mandado recoger!

MARG. (Secamente.) De todas suertes no me parece llamado á burlarse de los celos quien, como usted, ha descrito tan admirablemente ese tormento de los enamorados en su novela *La agonía de un corazón*. ¡Recuerde usted aquellas cartas desesperadas de Julia Malvois!

BAR. ¡Ah! ¿Usted cayó en el lazo? ¿Usted ignora que esas cartas no las he escrito yo?

MARG. ¿Pues quién?

BAR. La misma interesada. Yo sólo he cambiado el nombre.

MARG. ¿Cómo? ¿Esas cartas son verdaderas?

BAR. Auténticas. ¡Como que era á mí á quien iban dirigidas!

MARG. ¿A usted? (Asombrada.)

BAR. (Con la mayor desenvoltura.) A mí mismo. ¡La pobrecita me amaba con locura!

MARG. (Conteniendo su indignación.) ¿Y ha tenido usted valor de publicarlas?

BAR. Casi textualmente. Y han sido uno de mis éxitos más grandes. ¡Jamás se había visto un corazón de mujer palpitar al descubierto, agonizar así, públicamente!. Se vendieron diez ediciones del libro en un mes. Una fortuna. ¡Doscientos mil francos!

MARG. ¡Oh! ¡Basta! No siga usted; se lo ruego. (Verdaderamente indignada.)

BAR. Pero, ¿por qué? señora.

MARG. ¿No lo comprende usted?

BAR. No.

MARG. ¡Tanto peor para usted!

GAS. (Entrando por el fondo izquierda.—Aparte.) A ver si este animal sigue haciéndose el interesante. (Alto.) Me he dejado por aquí el periódico... (Fingiendo buscarlo.)

MARG. (Respondiendo á nueva impertinente interrogación de Barrois.) Tanto peor para usted. Beso á usted la mano. (Muy fresca. Al marcharse se encuentra frente á frente á su marido, y, como por impulso irresistible, le echa los brazos al cuello, y abrazándole muy apretado le dice:) ¡Ay, Gastón de mi alma! ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero! (Aparte, marchándose.) ¡En mi vida le he abrazado de mejor gana! (Echando una mirada de desprecio á Barrois; aparte.) ¡Qué tipo más odioso! (Vase.—Gastón se queda como quien ve visiones mirando marchar á Margarita, y luego se vuelve á Barrois que le contempla con los brazos cruzados y con aire de triunfo.)

BAR. (Quitándose el monóculo.) ¿Eh? ¿Qué tal?

GAS. ¡Pero esto es un milagro!

BAR. ¿Estás contento?

GAS. ¡Un ángel!... ¡Eres un ángel! (Marchándose por el fondo con el periódico.) ¡Continúa, chico, continúa!

ESCENA XII

BARROIS y GENOVEVA

BAR. ¿Continuar?... ¡No! Ya no puedo más... Ya estoy harto de ser un sinvergüenza.

GEN. Señor Coudray, le voy á pedir un favor como á un verdadero amigo; pero un favor muy grande.

BAR. (Contentísimo.) ¿Un favor? ¡Diga usted, diga usted! (Se sientan.)

GEN. Ya habrá usted notado lo enamoradísimo que está Gastón de mi hermana.

BAR. Cierto.

GEN. Y habrá usted notado también cierto despego en Margarita.

BAR. (¡Hola!) Sí, algo me ha parecido observar.

GEN. Usted no sabe lo que eso hace sufrir á mi pobre cuñado... Y á mí se me parte el corazón de verlo.

BAR. (Pobrecita; ¡qué buena es!)

GEN. ¿Qué haríamos para que Margarita fuese razonable?

BAR. (¡Veamos!) ¿Y á mí me lo pregunta usted?

GEN. A usted .. porque usted tiene la culpa de lo que sucede. (Con mucha inocencia.)

BAR. (¡Qué ingenuidad!) (Fingiendo asombrarse.) ¿Yo?

GEN. Usted con sus librotes y sus novelones psicológicos. ¡Por Dios, busque usted un medio, veamos la manera de arreglar esto! No hay tiempo que perder. Gastón está desesperado, furioso, y acabará por hacer un disparate.

BAR. (Con mala intención.) ¿Quiere usted que me marche en seguida?

GEN. (Sin poderse contener.) ¡No! (Reponiéndose.) Es decir... con eso no arreglamos nada; la situación no cambiaría y Gastón...

BAR. Aguarde usted. (Como quien madura una idea.)

GEN. ¿Ha dado usted con el remedio?

BAR. Sí... quizás... acaso... un remedio heróico, ¡pero seguro!

GEN. ¡Ay, me mata usted de curiosidad! ¡Diga, diga!

BAR. Sea lo que sea, ¿me promete usted no volverse á enfadar conmigo?

GEN. Lo prometo.

BAR. Hay que cortar por lo sano, ¿verdad? Nada de paliativos. Si logramos persuadir á Margarita y á Gastón de que jamás experimentaré por ella sino la más perfecta indiferencia... nos hemos salvado, ¿eh? digo, se han salvado.

GEN. ¿Usted cree?...

BAR. Estoy segurísimo.

GEN. ¿Y cómo les convencemos?

BAR. Eso... depende de usted.

GEN. ¿De mí?

BAR. Sólo de usted.

GEN. ¡No comprendo!

BAR. ¿Usted quiere mucho, pero mucho, á su hermana y á Gastón?

GEN. Muchísimo.

BAR. Muchísimo no es bastante.

GEN. Pues ¿qué hace falta?

BAR. Hay que llegar hasta el sacrificio.

GEN. ¡Al sacrificio!

BAR. (Con mucha seriedad, pero con gran sencillez.) Sí; casándose conmigo.

GEN. ¡Caballero! (Vivamente)

BAR. (Sonriendo y con dulzura.) Me había usted prometido no enfadarse.

GEN. (Turbada) No, si no me enfado; pero lo que menos me esperaba era semejante proposición...

BAR. (Con gran calor.) ¿Pues y yo, señorita? ¿Cree usted que no me hubiese quedado estupefacto si hace media hora me hubiesen dicho que le iba á usted á decir lo que acabo de decirle? (Exageradamente, en tono solemne.) ¡Pero, no se trata de nosotros!

GEN. ¡Cómo que no!

BAR. (Exageración creciente.) ¡No!... Se trata de su hermana de usted, de su pobrecita hermana, y cuya felicidad puede verse comprometida.

GEN. Sí, pero...

BAR. Se trata también de Gastón; de ese espejo de honradez que adora á su mujer y al cual puede arrastrar la desesperación á actos irreparables. ¿Podemos abandonar á esos desgraciados?.. ¿Queremos tenderles nuestra mano? ¿Usted quiere salvarlos? ¡Ahí está el quid (En tono natural y muy insinuante.) Nuestro matrimonio haría cambiar inmediatamente los sentimientos de Margarita respecto á mí. ¡Figúrese usted! ¡El marido de su hermana! ¡La barrera que así levantaremos será infranqueable!

GEN. En todo caso (Con malicia) si yo me decidiera á *sacrificarme* por cariño á mi hermana... usted no tiene ningún motivo para sacrificarse.

BAR. (Exagerado.) ¡Oh! De mí no hablemos.

GEN. ¡Cómo!

BAR. Yo no soy nadie.

GEN. Pero... si se casa usted conmigo...

BAR. No veamos más que el fin... el móvil admirable que nos guía, el fin que deseamos alcanzar. ¿No debo yo hacer cuanto sea posible por reparar el mal que he causado?

GEN. (Un poco burlona.) Esos caballerescos sentimientos le honran á usted. Pero yo haría muy mal en aceptar un sacrificio .. del cual se arrepentiría usted más tarde...

BAR. (Amorosamente.) Y si yo le dijera á usted, niña mía, que su gracia me ha cautivado, que su encantadora ingenuidad y su belleza me han conquistado por completo, y que mi más ardiente sueño sería... (Deteniéndose á un gesto de Genoveva.) Pero, no, no se lo digo, no tengo derecho para hablarla á usted así. (Colombin entra por el fondo derecha. Genoveva se refugia en los brazos de su padre, abrazándole con muchísima cariño y pudorosa monería.)

GEN. ¡Papá! ¡Papaito mío!

ESCENA XIII

BARROIS, COLOMBIN, GENOVEVA

COL. ¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué te ocurre? (Barrois contempla el grupo, extasiado de puro contento.)

GEN. (Muy alegre.) ¡Nada! Que tenía ganas de abrazarte. ¿Te molesto? (Zalamera.)

COL. ¡Ni por pienso, zalamerilla! ¿Eras tú quien le hacía compañía al maestro? ¡Bien se habrá aburrido con tu charla!... Tú no estás á la altura... Margarita ó tu tía, pase. ¿Pero tú, chiquilla? ..

GEN. (Con malicia.) ¡Oh! El señor Coudray sabe, cuando quiere, ponerse á nivel de las inteligencias más modestas No he perdido una palabra de todo lo que me ha dicho, y estoy segura... de haberle comprendido perfectamente. (Barrois agradece con toda su alma al inclinarse.)

COL. Tanto mejor. Vengo por usted para enseñarle mi museo Rousseau

BAR. Estoy á sus órdenes. Señorita... (Expresivo y respetuoso saludo.)

COL. Es cuestión de cinco minutos. Pase usted, maestro. (Vanse los dos, derecha primer término.)

GEN. (Desbordando de alegría en cuanto se queda sola.) ¡Me quiere! ¡A mí! ¿Es posible? (Después de pensar un momento y con gran convicción.) ¡Y tiene muchísima razón! ¡Así se arregla todo divinamente!

ESCENA XIV

GENOVEVA, CABRIAC; luego BARROIS

CAB. (Por la puerta del jardín.) Con permiso. ¿Podría ver al señor Colombin?

GEN. ¿A mi papá? Sí, señor; voy á avisarle.

CAB. Ayer se me olvidó preguntarle las señas del señor Coudray y desearía que me las diese.

GEN. ¿Pablo Coudray? ¡Si está aquí!
CAB. ¿Aquí?... ¿En Fontenelles?
GEN. Desde ayer tarde. Si desea usted verle, le avisaré .. (Va hacia la puerta por donde salió Barrois.) ¡Sr. Coudray!... Ya viene.
CAB. (Aparte.) Al fin le tengo al alcance de mi mano
GEN. (A Barrois, que sale.) Un señor pregunta por usted.
BAR. ¿Quién?
GEN. ¡El señor! (Aparte. Marchándose.) ¡Y qué cara de mal genio tiene!

ESCENA XV

BARROIS, CABRIAC; luego GASTÓN, COLOMBIN y todos los demás

BAR. (¿Quién será este tipo?) Servidor. ¿A quién tengo el honor de. .?
CAB. (Terriblemente amenazador.) ¡Cabriac!
BAR. (Indiferente.) ¡Ah!... ¿Cómo ha dicho usted?
CAB. ¡Capitán Cabriac! (Más terrible.)
BAR. (¡Qué fiera!) Bueno. Pues si usted tiene la bondad de decirme lo que desea...
CAB. ¿No lo adivina usted? (Terriblemente irónico.)
BAR. No es fácil. (¿Será otro acreedor?)
CAB. (Con voz de trueno.) ¡Susana!
BAR. ¿Qué? (Muy tranquilo.)
CAB. ¿Dónde está Susana?
BAR. ¡Y yo qué sé!... ¿Que Susana es esa?
CAB. ¿Qué ha hecho usted de mi Susana?
BAR. ¿Su... Su . Susana? Yo no la he... ¡Ah! Ya caigo. (Sí; la que me contó Gastón; el rapto de Coudray.) ¿La señora de Cabriac? ¡Sí, sí; ya recuerdo!
CAB. (Ferozmente.) ¿Recuerda usted?
BAR. Sí; un rapto .. Seducida...
CAB. ¡Por usted! (Yendo á precipitarse sobre él y conteniéndose á duras penas.)
BAR. (Retrocediendo, pero tranquilo, indiferente y riendo.) ¿Por mí? Ni por pienso!
CAB. ¿Niega usted? ¡Se atreve á negar!

BAR. ¡Palabra de honor que no!

CAB. ¿Querrá usted sostener que usted, Pablo Coudray?...

BAR. Ni la he visto en mi vida á esa señora. (Gastón y Colombin entran por la derecha primer término, y al ver al capitán se interponen rápidamente entre él y Barrois.)

COL. (Aparte á Gastón.) ¡Cabriac!

GAS. (¿El capitán? ¡Demonio!)

COL. ¡Querido capitán!

CAB. (Dándole la mano rápidamente.) ¡Sr. Colombin!

COL. ¿Cómo va esa salud desde ayer?

CAB. Muy bien. (Mirando amenazador, como un tigre á su presa, á Barrois.) Y encantado de haber vuelto hoy por aquí.

BAR. (¡Cómo salir de este lío!)

GAS. (¡No le puedo dejar en las garras de esta fiera!)

COL. (Buscando dilaciones.) Permítame usted, capitán, que le presente á mi yerno Gastón Baudoin...

CAB. (Impaciente.) ¡Muy señor mío!... Decíamos... (A Barrois.)

GAS. (Interponiéndose.) Permita usted, capitán, que á mi vez le presente uno de mis mejores amigos: (Presentando á Claudio.) Claudio Barrois, profesor eminente... (Barrois saluda.)

COL. (Aparte. Sorprendido.) ¿Cómo?

CAB. Con qué canción me sale usted ahora. (Hecho una hiena.)

GAS. ¿Canción? (Haciéndose el tonto.) ¿He cantado yo algo?

COL. (¡Ya comprendo!)

CAB. ¡El señor no se llama Claudio Barrois!

GAS. (Fingiendo sorpresa alegremente.) ¿No? ¿Hombre, qué me cuenta usted?

CAB. ¡El señor, es Pablo Coudray!

BAR. (Como Gastón.) ¿Coudray?... ¡Ja! ¡ja! ¡Si usted se empeña!

COL. (¡Bien inventado!) (Aparte. A Gastón.)

BAR. ¡Figúrense ustedes que el capitán se empeña en que yo me haya llevado á su mujer! (Riéndose.) ¡Y en mi vida la he visto!

GAS. (Riendo.) ¿Su mujer? ¡Ja! ¡ja!

COL. Capitán; le aseguro á usted que padece un error...

CAB. Señor mío; comprendo perfectamente el sentimiento que dicta sus palabras. El señor está en su casa y pretende usted salvarle...

BAR. (Riendo á Gastón.) ¡Salvarme!

CAB. ¡¡Pero no se me engaña á mí fácilmente!! El señor es Pablo Coudray. (Signos negativos y joviales de los tres.) Y, si no, ¿porqué se asustaron ustedes al verme aquí con él?... (Cloé aparece por la derecha, tercer término, y da un grito de espanto.)

CLOÉ. ¡Ay! ¡El capitán!

CAB. (Triunfante.) ¡Y ese grito de espanto!

COL. ¡La sorpresa!... ¡El gusto de volverlo á usted á ver! ¿Verdad, Cloé?

CLOÉ. ¡Justo! ¡La sorpresa... el placer! (Aparte.) (¡Lo va á matar!)

CAB. (Decididamente á Barrois.) Acabemos de una vez, señor mío. ¡Persiste usted en afirmar que es usted Claudio Barrois, que no es usted Coudray!

CLOÉ. (Sorprendida.) ¡Ah!

BAR. (Burlón.) ¡Puesto que usted lo sabe mejor que yo!

CAB. ¡Una prueba! ¡Deme usted una prueba!

BAR. ¿Y cual?

CAB. (Después de pensarlo. Saca la cartera.) Aquí está mi tarjeta. Deme usted la suya.

CLOÉ. (Aparte á Colombin.) ¡Está perdido!

COL. (Aparte á Cloé.) ¡Cá! Va á decir que se la ha dejado en casa.

BAR. (Sacando muy tranquilamente la cartera y dándole la tarjeta.) ¡Ahí va!

CAB. (Leyendo.) «Claudio Barrois, 144, calle de Rívoli.»

CLOÉ. (Extrañadísima.) ¿Cómo?

COL. (Asombrado.) ¡Es prodigioso!

BAR. ¿Está usted convencido?

CAB. (Confuso.) ¡Estupefacto!... En fin... usted dispense...

GAS. (Aparte.) ¡Uf!

DUF. (Entrando por el fondo izquierda.) ¿No se almuerza? ¡Ah! ¡Buenos dias, señor Coudray! ¿Qué tal se ha descansado, maestro?

BAR. (¡Dominó!) (Movimiento general. Margarita y Genonoveva aparecen foro derecha.)

CAB. (A Dufresnois) ¿Cómo ha dicho usted? (Yéndose á él y cogiéndole por una solapa.) ¿Usted conoce á Pablo Coudray? (Todos hacen desesperadamente al Doctor señas que este comprende al revés.)

DUF. ¡Ya lo creo! ¡He sido su médico tres años!

GAS. (Aparte) ¡Animal!

CAB. Entonces... (Furioso.) ¡Todo el mundo se burla aquí de mí!

MARG. Pero ¿qué es esto? ¿Qué pasa?

COL. (Llevándoselo á un lado de la escena) Cálmese usted, capitán... Yo le explicaré á usted... Figúrese usted que... (Siguen hablando bajo como si le estuviese dando explicaciones, que va inventando á medida que se las dice. Mientras tanto, Gastón se ha llevado ya aparte á Margarita, Cloé y Genoveva para explicarles lo que ocurre. El Doctor y Barrois han quedado en el centro de la escena. Mientras Gastón habla con las mujeres, el Doctor le pide á Barrois explicación de lo que ocurre.)

BAR. Pues señor, ya me va á mí cargando el tío este con todos sus furores. ¡Me está poniendo nervioso! (Sigue hablando con el doctor)

GAS. ¡Claro! El capitán quería romperle la crisma á vuestro lindo poeta. A Coudray le ha dado un miedo cerval y se ha hecho pasar por otro.

GEN. ¡El! (Protestando.) ¡Imposible!

MAR. ¡También cobarde!

CLOÉ. ¡Es lo único que le faltaba!

DUF. (A Barrois.) ¡Pues no lo entiendo!

BAR. ¡Sí hombre! la mujer que se llevó Coudray!

DUF. ¡Ah! ¡Ya!

COL. (A Cabriac.) ¿Ha comprendido usted?

CAB. ¡Ni una palabra!

COL. (¡Ni es fácil! Yo tampoco.)

GAS. (Aparte á Barrois, señalando á las mujeres, entre las cuales ve Claudio á Genoveva que lo mira con ansia.) Todo va bien; ¡esas te creen un gallina!

BAR. ¡A mí! (Indignándose á la idea de parecer cobarde ante Genoveva) ¡Ahora verás!

CAB. (Yendo agresivo á Barrois.) Conque, ¿usted confiesa ó no confiesa?

BAR. (Tranquilo é impertinentísimo.) ¡Confieso que me va usted resultando pesado, fanfarrón, insoportable y ridículo!

CAB. (Furioso.) ¡¡¡Señor mío!!!

BAR. ¡Parece que se va usted á comer á la gente! Porque le haya á usted ocurrido un... percance, no hay motivo para armar tanto ruído en casa aejna. (Más impertinente y agresivo, sin descomponerse)

CAB. ¡Ah! ¡Yo le haré á usted comerse esas palabras!

BAR. ¡Nada de voces! ¡Ni de miradas terribles! ¡No me asusta usted!... ¡Hay señoras!... Cuando usted quiera...

CAB. ¡No pido otra cosa!

BAR. ¡Y como usted quiera! (Dulcemente) Y retírese usted y no nos dé más ruído!

CAB. ¡Pronto recibirá usted noticias mías!

BAR. A sus órdenes. (Cabriac sale furioso seguido de Colombin y Dufresnois que procuran calmarle.)

GEN. (Triunfante, á Margarita y Cloé.)¡Ya sabía yo que no era un cobarde! (Gastón que se ha quedado estupefacto desde que Barrois cambió de actitud, ha ido llevando á las señoras hacia adentro.)

MAR. (Muy satisfecha) ¡Es un hombre de honor!

CLOÉ. (Trágica) ¡Es todo un hombre!

GEN. (Al irse para adentro con ellas cae en la cuenta del peligro y exclama aparte.) ¡Ay! ¿me lo matará ese bruto? (Margarita y Cloé llevándose á Genoveva)

GAS. (Volviéndose á Barrois y mirándole irritadísimo, cruzándose de brazos.) ¿Pero te has vuelto loco?

BAR. (Muy fresco.) ¿Por qué?

GAS. ¡Ahora te las das de héroe!

BAR. ¡No iba á quedar como un gallina!

GAS. ¿Pero, desgraciado? ¿Y Margarita?

BAR. (Harto de disimular.) Pero, ¡¡y Genoveva!! (Gran asombro de Gastón. Telón rapidísimo)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

BARROIS y GASTÓN como si continuasen animada conversación

GAS. No es eso. No me entiendes.

BAR. Te entiendo perfectamente. Ya no me necesitas y me pones lisa y llanamente de patitas en la calle.

GAS. ¡Que no, hombre!... ¡Pero, mira, date cuenta de mi situación... difícil, falsa... hasta peligrosa!...

BAR. ¿Peligrosa? ¿En qué?

GAS. ¡En todo!... Nuestro complot ha salido divinamente. Pues ahora sólo debemos pensar en no exponernos á perder en un momento todo el trabajo de veinticuatro horas. Estamos á merced de todo, de una casualidad cualquiera. Figurate que venga aquí cualquiera del pueblo, el cura, el alcalde, un tendero, en fin cualquiera, todos conocían á Coudray, y que te vea; se descubrió el pastel.

BAR. Eso es verdad.

GAS. Sin contar con el capitan Cabriac, que de un momento á otro te va á enviar los pa-

drinos. A toda costa hay que evitar ese duelo.

BAR. ¿Y por qué?

GAS. ¡Figúrate que sales herido!

BAR. ¿Y qué?

GAS. ¡Todo estaba perdido entonces! Como es natural, mi suegro querría cuidarte aquí y resultarías un personaje muy interesante... ¡Herido por la mujer amada! ¡Mártir! ¡Glorificado!

BAR. ¡Vamos, ya! ¡Lo mejor sería dejarme matar por Cabriac! ¡Eso lo resolvía todo! (Irónicamente.)

GAS. (Ingenuamente.) ¡Hombre, sí! .. (Rectificando.) ¡Ah, no!... Luego, habría que indentificar el cadáver!

BAR. ¡Gracias por tu interés! Entonces...

GAS. Entonces hay que hacer lo que te digo... marcharte. Tomar las de Villadiego en cuanto almorcemos.

BAR. Parecerá una fuga. Creeran que tengo miedo al capitan.

GAS. ¡Mejor, eso es lo que hace falta! Así se borrará el efecto producido por tu inoportuno arranque de fanfarronería. En lugar de devolverte un poco de su estimación, mi mujer acabará por despreciarte.

BAR. Eso es lo que no me conviene.

GAS. ¿Por qué?

BAR. ¿Con qué cara quieres tú que luego me presente yo aquí á pedir la mano de tu cuñadita?

GAS. ¿Vuelves con esas? (Riendo.) Como que voy á tomar en serio esa historia amorosa que acabas de contarme.

BAR. ¡Y tan seria como es!

GAS. ¿Pero, de veras estás enamorado de Genoveva?

BAR. Enamoradísimo.

GAS. ¡Vaya, vaya! Ayer ni siquera la conocías.

BAR. Pero hoy la conozco muy bien.

GAS. (Burlón.) ¡Un flechazo!

BAR. ¡Sí, chico! ¡Un flechazo! ¡Pero certero!

GAS. Pero ¿y ella? ¡No puede quererte, así tan de

repente! Y además, no es este el mejor momento para pedir su mano. Su tía te detesta, mi mujer te desprecia y á mi suegro le pareces... repugnante!.

BAR. ¡Ah!

GAS. Así me lo ha dicho.

BAR. ¿Y tú?

GAS. Yo, te quiero mucho y tendría muchísimo gusto en que fueses mi cuñado. ¡Por desgracia, es completamente imposible!

BAR. ¡Cómo imposible!

GAS. ¡Es claro!... ¡Haría falta confesar que eres Claudio Barrois... y figúrate las consecuencias! ¡Mi mujer, furiosa de haber sido engañada, volvería con más entusiasmo á chiflarse por el gran hombre, odiosamente calumniado; sería la ruptura definitiva, irremisible, entre ella y yo!

BAR. ¡De modo que tras de haberte hecho un favor, tengo yo ahora que fastidiarme!...

GAS. ¡Vamos, no vas á querer inutilizar todo lo que has hecho por mí! No querrás haberme salvado para luego perderme miserablemente. Te debo mi felicidad.

BAR. Pero, ¿y la mía, hombre de Dios, y la mía? (Incomodándose.)

GAS. (Incomodándose.) ¡La tuya no está comprometida!

BAR. Eso te parecerá á tí.

GAS. En el mundo hay más mujeres que Genoveva.

BAR. Pero es ella sola la que yo quiero.

GAS. Pues si no hubieras venido aquí no la hubieras visto, y á pesar de eso te hubieras casado. Hazte cuenta que no has venido.

BAR. Hazte cuenta que con ella, y sólo con ella he de casarme.

GAS. ¡Ah! ¡Egoista! ¡Luego dirás que eres mi amigo!

BAR. Pues, mira que tú ¡puedes hablar!

GAS. (Incomodándose cada vez más) ¡Ea! Pues si lo tomas así, te digo que no te casas con ella.

BAR. ¿Y quién va á impedírmelo?

GAS. ¡Yo!

BAR. ¡Eso lo veremos!
GAS. ¡Por visto! (Colombin aparece por el fondo izquierda.)

ESCENA II

DICHOS, COLOMBIN, luego GENOVEVA

COL. (Aparte.) ¿Se pelean?
BAR. ¡Cuando yo digo que sí!
GAS. ¡Cuando yo digo que no!
COL. Vamos, señores, ¿qué es esto? ¡Haya paz!
BAR. (¡Nos pescó!)
GAS. (¡Mi suegro!)
COL. (Aparte.) Me lo estaba temiendo. (Alto.) ¿Pero qué es ello?
GAS. ¡Nada!... Una discusión...
BAR. Literaria... Una simple discusión literaria.
COL. Entonces eso no es peligroso. El doctor Dufresnois ha tenido que ir á ver á un enfermo; pero estará aquí ántes de media hora. Tiene especial empeño en asistirle á usted en su duelo con Cabriac.
BAR. Se lo agradezco mucho.
COL. ¿Es usted buen tirador?
BAR. (De mal humor.) Regular.
COL. Mejor. Porque el capitán está hecho una fiera... Y francamente, acá internos, no le falta razón. (Con curiosidad.) ¿Y es bonita la prójima?
BAR. (Siempre nervioso.) ¡Mucho!
COL. ¿Morena ó rubia?
BAR. ¡Roja!
COL. (Animadillo) ¡Hombre! ¡A mí las pelirojas me gustan mucho!
GEN. (Entrando por el fondo izquierda.) Señor Coudray.
BAR. (Calmándosele los nervios como por encanto y muy amable.) ¿Señorita?...
GEN. Ahí está la señora Juana.
BAR. (Sin saber qué decir y consultando á Gastón con la mirada.) ¡Ah! ¿La señora Juana? ¡Vaya, vaya! ¡La Juana! ¡Cuánto me alegro...! ¿y cuál... cual de ellas?...

GAS. (Todavía irritado.) Sí, hombre, su antigua portera, cuando vivía usted aquí.

BAR. ¡Ya! ¡ya!... ¿Y está ahí?

GEN. Sí, señor; en el jardín; desea saludarle á usted. ¿Me digo que pase?

BAR. (Vivamente.) ¡No! ¡no!

GEN. ¡Dice que le quiere á usted tanto, que era usted tan bueno!

GAS. (Intencionadamente). Y ahora que la pobre se ha quedado sorda y ciega...

BAR. ¿Ciega y sorda?.. ¡Pobrecita!... ¡Voy á verla en seguida! (Va al fondo)

GEN. ¡Qué contenta se va á poner! (Disponiéndose á seguir á Claudio.)

GAS. (Deteniéndola.) No; quédate aquí. (A Claudio) Yo le acompaño á usted.

COL. Y yo también. En seguida iremos á la biblioteca. Todavía no ha visto usted mis colecciones de las obras de Rousseau.

BAR. Con mucho gusto. (Salen por la puerta del jardín. Barrois se queda detrás, parándose y dirigiéndola una mirada cariñosa y un saludo expresivo.)

GEN. (Con pudorosa coquetería y volviéndose como avergonzada.) ¡Ah! (Luego se vuelve con precaución para mirarle marchar, amorosamente y con cierta vanidosa satisfacción.) ¡Mi marido! .. ¡Quiere ser mi marido!... ¡Cuánto le voy á querer!... ¡Qué bueno es querer y que la quieran á una!... ¡Quién me lo hubiese dicho ayer!... ¡Llevaba una vida tan sosa!... ¡Yahora!... ¡Ahora me parece que soy otra! (Se queda absorta reflexionando.)

ESCENA III

GENOVEVA, MARGARITA

MARG. (Entrando por el fondo de echa.) ¡Genoveva!

GEN. (Sin oir, siguiendo en sus reflexiones.) Parece mentira lo que una palabra puede cambiar en la vida..:

MARG. ¡Genoveva! (Más alto que antes.)

GEN. (Como antes.) ¡Mi marido!

MARG. (Gritando) ¡Genoveva!
GEN. (Asustada) ¡Ah! ¡Qué!
MARG. ¡Hija mía! ¿En qué piensas?
GEN. (Muy alegre.) No puedes figurártelo. ¿Quieres que te lo diga?
MARG. (Curiosa.) ¿A ver, á ver?
GEN. ¿Me prometes guardarme el secreto?
MARG. (Con solemnidad cómica) Prometido.
GEN. ¿No te enfadarás conmigo?
MARG. ¡Qué chiquilla! (Besándola.) Dí.
GEN. Pues pensaba... ¡en él!
MARG. ¿Y quién es *él?*
GEN. ¡Pablo Coudray!
MARG. ¡Cómo!
GEN. ¡Como el Sr. Coudray piensa en mí! Ahí tienes. (Con aire triunfante.)
MARG. ¿Coudray piensa en ti? (Asombradísima.)
GEN. ¡Ya lo creo! ¡Me ama, le amo, nos amamos!
MARG. ¡Os amais! ¡Conjugación completa!.. ¡Facilito era que yo adivinase! ¡Cosa más inesperada!
GEN. ¿Verdad? Un hombre á quien ayer mismo no conocía siquiera...
MARG. Y á quien mañana mismo habrás olvidado probablemente.
GEN. ¡Oh, no! ¡Es cosa seria! ¡Muy seria! Se quiere casar conmigo.
MARG. ¡Te quieres callar, niña! ¡Tú, hija mía, casarte con un tipo semejante!
GEN. ¿Ya no te gusta? (Contenta.)
MARG. Es el más despreciable de los hombres.
GEN. (Indignada) ¡Oh, Margarita! ¡No digas eso!... ¡Despreciable!... A mí me parece adorable.
MARG. Un hombre sin escrúpulos, sin delicadeza.
GEN. Precisamente á mí me gusta por lo delicado que es.
MARG. Incapaz de querer á nadie.
GEN. Yo estoy segura de que tiene un gran corazón.
MARG. ¿Pero te has vuelto loca? ¿De dónde sacas todo eso?
GEN. En primer lugar, es tan sencillo, tan á la pata la llana...
MARG. ¡El! (Escandalizada.)

GEN. Sin pretensiones, sin vanidad.

MARG. Pero si es un fatuo.

GEN. Y un espíritu tan recto, una honradez...

MARG. Sí, sí. (Burlándose.)

GEN. No sueña mas que con la vida de familia, el matrimonio. el hogar. . una esposa amante... y muchos niños, ¡muchos niños!

MARG. Sí: y sobre todo una buena dote.

GEN. ¡Oh, Margarita! (Sentándose cariñosamente, pero ya entristecida, en un taburete al lado de Margarita y apoyándose en su falda.) ¡Margarita! ¿Por que te empeñas en echarle tierra encima, en desilusionarme? Eso no está bien. No eres buena.

MARG. El mismo me lo ha confesado. Para él, el matrimonio no es sino cuestión de interés; el amor es lo de menos, el dinero es todo.

GEN. No puede ser. (Protestando, afligida.)

MARG. (Cariñosa y convincente.) Pero tú no sabes que ese hombre se ha enriquecido publicando las cartas que le han escrito las mujeres que le amaban.

GEN. ¡Qué infamia! No puede ser.

MARG. ¿No me crees?

GEN. No.

MARG. Pues hablando conmigo se ha alabado de esa hazaña, que le parecía una gran idea. ¡Mamarracho más grande!

GEN. (Casi llorando.) ¡Cállate! ¡Cállate! .. ¡Me haces mucho daño... mucho daño!

MARG. (Abrazándola cariñosamente.) Pero, vamos á ver; no es posible que le quieras tanto...

GEN. Yo no sé cómo ha sido... pero le quiero con toda mi alma. (Abrazando á su hermana y refugiándose en su regazo, llorando.)

MARG. (Consolándola, limpiándole los ojos, besándola.) Vamos, tontita... llora, llora, y que ese cariño tan mal empleado se deshaga en tus lágrimas... Tú no te mereces un hombre de esa calaña.

GEN. (Protestando.) ¡No! ¡No! ¡Si no puedo creerlo; digas lo que digas no puedo creerlo!

MARG. (Tiernamente.) ¡Pobrecita mía! Habrá que desengañarte por completo. Coudray no te

quiere; no puede quererte... porque ama á otra mujer.

GEN. (Vivamente.) ¡Mentira!

MARG. (Resentida.) ¿No quieres convencerte? Ama á otra mujer; y lo que es peor, á una mujer casada.

GEN. ¡Oh! (Confusa é incrédula.) ¿A quién?

MARG. A la mujer de Cabriac; por eso el capitán quiere batirse con él.

GEN. ¡Oh! (Aferrada á su idea) ¡No! ¡No! ¡No lo creo!

ESCENA IV

DICHAS y CLOÉ

MARG. ¡Ah! ¿No me quieres creer? Ahora verás. (A Cloé.) Tía, ¿por qué se bate Cabriac con Pablo Coudray?

CLOÉ Por su mujer. Todo el mundo lo sabe.

MARG. (A Genoveva ¿Lo ves?

GEN. ¡Pobre de mí! (Rompiendo á llorar tiernísimamente, No debe ser gimoteo de niña; sino llanto sincero de verdadera pena.)

CLOÉ ¿Por qué llora esta tonta?

MARG. ¡Por Coudray! ¡Le ama!

CLOÉ ¡Esta!... (A Genoveva.) ¿Pero estás loca, criatura? ¡Ese individuo es un pillo! ¡Un impostor que se está divirtiendo con todos nosotros!

MARG. ¿Qué dices?

CLOÉ ¡Estoy segura de ello!... Es decir, casi segura. ¡No es Pablo Coudray!... Se ha presentado aquí tomando su nombre.

MARG. ¿Que no es Coudray?

CLOÉ ¡No! Para mí, ese tipo se llama Claudio Barrois?

MARG. ¿Claudio Barrois?

CLOÉ Apostaría la cabeza.

MARG. ¡Entonces es el amigo más íntimo, el mejor amigo de mi marido!

GEN. (Que ha cesado de llorar desde las primeras revelaciones de Cloé y ha escuchado con creciente interés, ex

clama ahora, como si un rayo de esperanza viniese á sacarla de penas.) ¡Ay, ojalá!

MARG. Pero tú, ¿de dónde te sacas todo eso?

CLOÉ En primer lugar, ha negado á Cabriac que fuese Pablo Coudray.

MARG Sí, por cobardía; por eludir la cuestión con él.

CLOÉ ¡Y le ha dicho que se llamaba Claudio Barrois! ¿Qué ha hecho entonces el capitán? Le ha pedido, como prueba, su tarjeta. El, sin vacilar, se la ha dado. ¿Qué decía la tarjeta? «Claudio Barrois, calle de Rivoli... número tantos...»

MARG. Eso no prueba nada. También tenía tarjetas de Pablo Condray, puesto que para presentarse aquí dió una...

CLOÉ Entonces es que tiene tarjetas con los nombres que le conviene, según las circunstancias... ¡Ay! ¿Será un ladrón?

MARG. ¡Aguarda, aguarda!... Ahora que me acuerdo... Yo tenía tres tarjetas, tres de Coudray en este cajón, y ya no hay más que dos: lo ví cuando fuí á devolvérselas hace poco. Me han quitado una.

CLOÉ La que le sirvió para presentarse... ¿pero quién te la puede haber quitado?

MARG. ¡Mi marido!

CLOÉ ¿Gastón?

MARG. No puede ser otro.

GEN. ¡No!... Vamos por mal camino.

CLOÉ ¿Por qué?

GEN. ¿Y el doctor, que le conoció en cuanto le vió?

MARG. Es verdad. Y debe conocer bien á Coudray; le ha asistido aquí tres años!

CLOÉ Hay algo más grave. Hace poco, mientras estaba aquí con Gastón, me metí en su cuarto y he visto su maleta. ¡Tiene las iniciales C. B.!

GEN. ¡Claudio Barrois!

MARG. ¡Oh! ¡Sería inaudito!

CLOÉ ¿Dónde anda ahora?

GEN. Ha ido á ver á la señora Juana, que vino á saludarle.

CLOÉ Entonces estamos tocando el violón. ¡Puesto que la conoce, es Pablo Coudray!

GEN. ¡Espera, espera! .. Ahora recuerdo que al principio se negó á recibirla y sólo cuando oyó á Gastón que la señora Juana se había vuelto sorda y había perdido la vista le entraron ganas de verla.

CLOÉ ¡Claro; no podía verle ni oirle!

MARG. ¡Ah! Es preciso salir de dudas.

GEN. ¿Qué haremos?

CLOÉ ¿Dónde está esa Juana?

GEN. En la cocina debe haber entrado.

CLOÉ ¿Voy á interrogarla?

MARG. ¿Y cómo te vas á entender con ella?

CLOÉ ¡Te digo que á mí me oyen hoy los sordos!

MARG. Sobre todo mucha prudencia, que nadie se entere hasta saber... Sobre todo Gastón.

CLOÉ ¡Descuida!... (Se va á escape por la derecha.)

GEN. (Muy contenta.) ¡Ay, Margarita! ¡Si fuese verdad! ¡Si no fuese Pablo Coudray no habría hecho esas picardías!...

MARG. ¡Habría hecho otras!... ¡Y esas me las va á pagar, quien yo sé!... ¡Pero es imposible!... ¿Cómo iba á equivocarse el doctor? ¡Hacia falta un parecido tan extraordinario!... (Aparece Federico en la puerta del jardín y hace señas á Genoveva de que se calle Trae su cintita encarnada en el ojal.)

GEN. (Aparte.) ¡Federico!... Disimulemos. ¿A ver si esta le conoce?

ESCENA V

DICHAS y FEDERICO

FED. ¿Se puede pasar?

MARG. Adelante. (Volviéndose, viendo á Federico y sin reconocerle. A Genoveva.) ¿Quién es este señor?

GEN. No sé.

MARG. ¿Qué desea usted?

FED. El señor Colombin, inventor del botón automático, ¿es aquí?

MARG. Sí, señor; tome usted asiento; voy á avisarle...

FED (Arrojándose sobre Margarita y abrazándola.) ¡No es necesario! (Genoveva se ríe estrepitosamente palmoteando.)

MARG. ¡Señor mío! (Defendiéndose. Federico la abraza á más y mejor.) ¡Déjeme usted! ¡Qué atropello!... ¡Genoveva! (Federico la suelta.) ¡Cómo! (Indignadísima, á Genoveva.) ¿Y tú te ríes?

GEN. ¡Cogida! ¡Cogida!... ¡Es él! ¡Federico!

MARG. (Cayendo en la cuenta.) ¡Eres tú!... ¡Tú!

FED. ¡Servidor!... ¡Por lo visto estoy completamente cambiado, desconocido!

MARG ¡Si parece mentira! (Mirándole asombrada y complacida.)

GEN. ¿Eh? ¡Qué hombrón!... ¡Y qué barbas!

MARG. ¡Soberbias!... ¡Ven, hombre; que te abrace yo, por buenas!

FED. ¡Margarita mía!... ¡Cuántas ganas tenía de verte!

MARG. ¡Diez años!

FED. Diez años. ¡Ya han pasado cosas desde que me marché!

MARG. ¡Ya lo creo! (Genoveva ha reparado en la condecoración y se la señala á Margarita.) A ver, á ver, ¿la Legión de Honor?

FED. (Dándose tono) ¿Qué te habías figurado? ¡No sabes tú aún quién es tu hermanito.

MARG. ¡Y papá que decía que nunca serías nada!

FED. ¡Veremos lo que dice ahora mi señor padre! ¿Y tú? ¿Cómo te va? ¿Te casaste?

MARG. ¡Ya hace dos años! (Suspirando.)

FED. Y... (Con cariñosa reconvención.) según parece, no es usted muy juiciosa, hermanita.

MARG. ¿Cómo?

FED ¿Siempre romántica? ¿Seguimos admirando más de lo debido al famoso poeta?

MARG. ¿Quién te ha dicho?... Apuesto á que ha sido la niña. (Por Genoveva.)

FED Sí; ésta, ayer. Se te ha llenado la cabeza de humo por un poeta decadente. Te chiflas por un psicólogo... ¡Qué ridiculez!

MARG. ¿Hablas de Pablo Coudray? ¡Si no lo puedo sufrir!

FED. ¿Le detestas?
MARG. ¡Me repugna!
FED. ¡Vaya! (Sorprendido.)
MARG ¡Ahora no soy yo, es ésta la que está loca por él!
FED. ¿Genoveva? (Asombradísimo.)
MARG ¡Enamorada perdida, chico, enamoradísima de él!
FED. ¡Bah! (Incrédulo) ¿Tú quieres á Coudray? (A Genoveva.)
GEN. ¡Sí!... ¿Hago mal?
FED Vamos á ver, ¿se han propuesto ustedes tomarle el pelo á su apreciable hermano?
MARG. Nada de eso.
FED. ¿Habláis en serio?
GEN. Muy serio.
FED (A Genoveva.) ¿Pero ayer no me digiste?...
GEN. Ayer no le conocía.
FED ¿Y hoy le conoces?
GEN. Está aquí desde ayer tarde.
FED. ¿Pablo Coudray? (Incrédulo.)
GEN. ¡Ah! ahora recuerdo; tú me has dicho que le conoces, que le has visto...
FED. Sí, en Argelia, varias veces...
MARG Entonces tú nos vas á decir... (Saca el retrato de un cajón de la mesita.)
FED. ¡Qué os voy á decir?
GEN. Tenemos nuestras dudas...
MARG. ¡Mira! (Dándole el retrato.)
FED. ¿Y quién es este morito? (Mirándole.)
MARG. Pablo Coudray
FED ¿Este beduíno?... ¡Cá! (Riéndose.)
GEN. (Contentísima.) ¿No es él? ¿Estás seguro?
FED. No se le parece ni a cien leguas. ¡Coudray es un tipo, así como yo!...
GEN. ¡No es él! ¡Ay qué gusto!... ¡Dame un abrazo! (Abrázale.)
FED. ¡Hermanitas de mi alma, mi cerebro se estravía! (A Margarita) ¿Ayer, tú, estabas chiflada por Pablo Coudray?...
MARG. ¡Sí!
FED. ¿Tú (A Genoveva) no lo podías sufrir?
GEN. ¡No!
FED. Hoy, cambio de decoración. ¿Tú (A Margari-

ta.) no puedes ver ni en pintura al tal Coudray?..

MARG. ¡Oh! ¡no!...

FED. ¿Y tú, niña, le adoras?...

GEN. ¡Oh! ¡sí!

FED. ¡Por la sencilla razón de que está aquí desde anoche! ¡Y en prueba de ello me enseñáis su retrato que se le parece como yo al presidente Kruger!... (A Genoveva.) ¿Es así?...

GEN. ¡Así mismo!

FED. ¡Pues si lo entiendo que me aspen!... ¿Si me hicieséis el favor de explicaros un poco?...

MARG. (Temblando de ira.) ¡Sí, porque ahora ya me doy cuenta de todo!... ¡Mi marido se ha burlado de mí! ¡Ah, esta me la paga!

FED. ¿Burlarse de tí?

MARG. ¡Este beduino (Por el retrato.) es Claudio Barrois!

FED ¡Muy señor mío! ¿Y quien es Barrois?

MARG. Un amigo de Gastón. Los dos se han entendido para jugarme una farsa indigna.

FED. A ver, á ver; (Con muestras de jovial aprobación.) aclárame eso.

MARG. Ayer Barrois se ha presentado aquí, fingiéndose Pablo Coudray, y desde que llegó todo su empeño es rebajar á mis ojos, al poeta que yo admiro; ¡humillarle, envilecerle, manchar su gloria, escarnecer su persona!... ¡No hay villanía que no le haya prestado, no hay infamia que no le haya colgado, no hay insulto que no le haya inferido!... ¡Ah, infame! ¡Ah, farsante! ¡Ah, pillo!

GEN. ¡Por Dios, Margarita! (Defendiéndole)

MARG. No hablo de él, ¡hablo de mi marido! ¡Y yo, tonta, más que tonta, he caído en el lazo! ¡Me he creído todos esos embustes!... ¡Ah, no se lo perdonaré jamás, jamás!

FED (Enérgicamente.) ¿Jamás?

MARG. ¡Jamás!

FED. ¡Eso lo veremos!

MARG. ¿Tú le defiendes?

FED. Y tanto... Ve cada día perder tu estimación, tu cariño; ve que no piensas más que en el otro; se ve desdeñado, mal comprendido... se

siente divorciado y ¿quieres que no sufra, que no proteste... que no se defienda?

MARG. ¡Hay otros medios! (Defendiéndose) Un hombre delicado...

FED. ¡Ta! ¡ta! ¡tal ¡Delicadezas en casos extremos! ¡Cuando se ama, todos los medios son buenos! ¿Qué querías que hiciese? ¿Convencerte? ¡No le oías!... ¿Batirse con el otro? ¿Con quién?... Hubiera sido de ver á Gastón, desembarcando en Argelia y encarándose con Pablo Coudray, para decirle: «Mi mujer ha leído sus libros y se ha chiflado por usted. Usted no la conoce, ni ella á usted tampoco; pero eso no importa y vamos ahora usted y yo á rompernos la crisma!» Coudray se hubiese reído en las barbas de tu marido y á Gastón le hubieran encerrado en un manicomio. Y luego ¿quién te dice que la farsa no pudiera resultar verdad? ¡No apostaría yo á que el tal Coudray no sea, en la vida íntima, un solemne mamarracho!

MARG. Eso no quita (Convencida, pero irritada aun.) para que se hayan burlado de mí... y quiero venganza.

FED. (Alegremente.) Eso es otra cosa. Burla. por burla. Corriente. Así quedáis en paz y jugando. Yo sería el primero en reirme... y hasta me ofrezco á ayudarte, si puedo.

MARG. (Sonriendo á una idea que acaba de ocurrírsele.) ¿Sí? Pues te cojo la palabra.

FED. Con alma y vida... ¿Pero á condición de que se acabaron las tonterías? ..

MARG. Convenido.

GEN. (Mirando hacia el jardín) Ahí vienen papá, Gastón... y él.

FED. Voy á sorprenderles.

MARG. No. Tú te vienes conmigo á conspirar. Ya verá. Y tú, (A Genoveva.) ni una palabra de que este ha venido. (Se va por la derecha, primer término, llevándose á Federico.)

GEN. (Muy contenta.) ¡No es Pablo Coudray! ¡Por consiguiente nada tiene que ver con la de Cabriac!... ¡Ya sabía yo que no podía engañarme!... ¡Si aquellos ojos no pueden mentir!

(Con gran énfasis) ¡La señora de Barrois! ¡Pues suena muy bien! (Se pone á arreglar cachivaches y flores.)

ESCENA VI

GENOVEVA, BARROIS, GASTÓN, COLOMBIN

COL. ¿De modo que le gustan á usted mis libros, querido maestro?

GEN. (Aparte riéndose) ¡Maestro!

BAR. Mucho; la edición ilustrada, sobre todo, es muy entretenida.

COL. Me alegro de oir su opinión y de que la oiga este, que se burla de mí.

GAS. ¡Claro! Siete ediciones de las mismas obras es un exceso.

COL. ¡Eso amuebla la habitación! (Cloé entra por el fondo derecha.)

GEN. (Yendo á su encuentro, aparte.) ¿Ha visto usted á la señora Juana?

CLOÉ No. Se había marchado.

BAR. (Viendo á Cloé y adelantándose á ella. Aparte.) Tratemos de irnos reconciliando. (Alto.) Señorita Antes me permití con usted una broma que debe haberle disgustado un poco...

CLOÉ (Secamente.) No me ha hecho maldita la gracia.

BAR. Le pido á usted humildemente perdón. Ha tenido usted muchísima razón en molestarse porque no podía usted adivinar los motivos que me impulsaban.

GAS. (Aparte.) ¿Qué dice?

BAR. Se trataba de una experiencia! De un documento literario que deseaba tomar del natural...

GEN. (Aparte.) ¿Eh?

BAR. Necesitaba saber el efecto que producirían palabras ofensivas, sarcasmos inmerecidos, en una naturaleza delicada, en un temperamento exquisito, en un alma de artista, espíritu noble y altivo; hacer la disección del sentimiento...

CLOÉ (Que ha ido poniéndose hueca, rebosando de placer.) Oh, querido maestro.

BAR. Y confesará usted que no podía escoger mejor...

GEN. (Aparte.) ¡La verdad es que finge con un aplomo alarmante!

BAR. Jamás olvidaré el hermoso arranque de indignación, la soberbia llama de cólera que pasó por sus ojos; todavía suena en mis oídos el acento de su dignidad ofendida...

CLOÉ ¡Ah; no se hable más de eso!

GAS. (Este animal se ha empeñado en que yo le rompa algo.)

BAR. ¡Será una de las más hermosas páginas de mi próximo libro!... ¿De modo que estoy perdonado?

CLOÉ Y yo, honradísima, maestro, de verme disecada por usted...

BAR. Gracias, señorita. (Besándola respetuosamente la mano.)

CLOÉ ¡Ningún mayor placer para mí, maestro, que verle á usted examinarme por dentro, penetrar hondamente en mí!

COL. (¡Está de remate!)

CLOÉ (Aparte á Genoveva.) Es un hombre encantador.

GEN. (Aparte á Cloé.) ¿Verdad que sí?

CLOÉ (Aparte á Genoveva.) Y no me cabe ya duda de que es Coudray.

ESCENA VII

DICHOS, MARGARITA, CABRIAC, luego MARIETA

MARG. (Entrando por el jardín con Cabriac.) Pase usted, capitán, pase usted.

GEN. (Aparte.) ¡Ay!

COL. (Aparte á Gastón con recelo.) ¡Cabriac!

GAS. (Aparte á Colombin.) ¿Ya?

CAB. (Después de saludar á todos con una inclinación de cabeza, se encara con Claudio.) Probablemente no esperaba usted verme tan pronto.

BAR. (Irónico.) No esperaba tanto honor.

CAB. Pero antes de enviarle á usted mis padrinos para un duelo que será terrible...

BAR. (Burlón.) ¡Brrr!

CAB. ¡¡Terrible!!

BAR. Lo ha dicho usted ya dos veces.

CAB. He querido asegurarme de que no había error en la persona. Por consiguiente, he procedido á una indagatoria que no deja lugar á dudas.

BAR. Perfectamente.

CAB. Por consiguiente, aunque pretenda usted negarlo, usted es Pablo Coudray.

BAR. Puesto que ha hecho usted la indagatoria, no hay más que inclinarse.

MAR. (Entrando con una tarjeta en la mano.) Señor.

COL. ¿Qué hay?

MAR. Este señor desea verle.

COL. (Tomando la tarjeta y lanzando un grito.) ¡Ah!

CLOÉ ¿Qué pasa?

COL. ¡Pablo Coudray! (Mostrando la tarjeta. Movimiento general de sorpresa.)

TODOS ¡Cómo!

MARG. ¿Otra vez?

BAR. (¡Ahora sí que nos caímos!)

GAS. ¡Imposible!

CAB. (Cogiendo la tarjeta.) ¡En efecto! ¡Pablo Coudray!

COL. ¿Entonces usted, (Encarándose con Claudio.) señor mío, ¿quién es usted?

BAR. ¿Yo?... Pregúnteselo usted al capitán. Su indagatoria no deja lugar á dudas, según dice.

CAB ¡Y lo sostengo!

COL. ¿Pero, y este? (Enseñando la tarjeta.)

BAR. Puede usted preguntarle también al capitán. (Con sorna.)

COL. Ahora veremos. (A Marieta.) Que pase este señor.

CLOÉ No hay duda posible. (A Margarita y Genoveva.) Coudray es este.

MARG. ¿Tú crees?

CLOÉ ¿No te acuerdas ya de la fotografía que recibiste ayer? (Siguen hablando entre ellas.)

GAS. (Aparte á Barrois.) Es muy rara la coincidencia.

BAR. (Aparte á Gastón.) Pronto saldremos de dudas. ¡Acuérdate de la fotografía que le enviaron a tu mujer! (Hace señal de las barbas.)

GAS. (¡Es verdad!)

MARG. (Aparte mirándolos.) ¡No les llega la camisa al cuerpo. Lo peor será si papá le conoce. (Aparece Federico en la puerta del Jardín.)

FED. ¿Se puede?

GAS. (Aparte á Barrois.) ¡Mira! ¡es él! ¡es él!

BAR. (Aparte.) Yo no estoy muy seguro.

ESCENA VIII

DICHOS, FEDERICO.

GEN. (Aparte.) ¡Federico!

COL. (Apartr.) Este está condecorado. Debe ser el auténtico. (Alto.) Pase usted adelante.

FED. (Aparte.) El autor de mis días no me reconoce. (Alto.) ¿El señor Colombin?

COL. Servidor. ¿El señor Coudray?

FED. Servidor. Acabo de regresar de Argelia y encontrándome en París por unos días, no he podido resistir el deseo de volver á ver esta finca de Fontenelles, donde he pasado días tan felices...

CAB. (Adelantándose feroz.) ¡Señor mío!

FED (Friamente.) ¿Decía usted?

MARG. (Aparte.) ¡Ay! Se me olvidó prevenirle...

CAB. ¡Cabriac!... ¡Capitán Cabriac!

FED. (Con mucha flema apartándole á un lado.) Un momento. Soy con usted en seguida. No hablo con usted, sino con el señor. (Por Colombin.)

BAR. (Aparte.) Me parece á mí que este no es el del retrato.

COL. Me complacería y me honraría mucho recibiéndole á usted con todos los respetos debidos al nombre ilustre que lleva... pero desgraciadamente... llega usted un poco tarde...

FED. (Sacando el reloj flemáticamente.) Las doce y treinta y cinco.

COL. No digo eso. Quiero decir que el señor Pablo Coudray estaba ya aquí, desde ayer.

FED. (Riendo.) Usted se chancea. ¿Pablo Coudray? ¡Hombre, quisiera verlo!

COL. (Presentando á Barrois.) Aquí le tiene usted.

FED. ¡Ah! (Saludándole con fina cortesía.) ¿Usted es Pablo Coudray?

BAR. Sí, señor; ¿y usted?

FED. Yo también. Es curioso, ¿verdad?

BAR. Curiosísimo.

COL. Vamos á ver, señores. Acaso hay una semejanza de nombres. Se trata del célebre escritor Pablo Coudray, el novelista, el psicólogo, el poeta.

FED. Servidor.

COL. El poeta famoso.

BAR. Servidor.

GAS. (Ya es inútil insistir.)

COL. Sin embargo, que yo sepa, no hay más que un Pablo Coudray, poeta y novelista.

FED. Es evidente.

BAR. Evidentísimo.

COL. Entonces...

FED. (Con mucha flema.) Uno de los dos es un impostor.

BAR. (Con mucha flema.) Falta saber cuál de los dos.

COL. Deben ustedes tener alguna prueba de identidad; alguna carta, un documento...

BAR. (Sacando su cartera y buscando.) Ciertamente... ¡Calla!... ¡No! No llevo aquí ninguno...

FED. (Palpándose los bolsillos.) Tampoco yo... Es particular... Ni que lo hubiese hecho á intento... He olvidado la cartera.

BAR. (Aparte.) Yo bien decía. No es él.

COL. ¿Ni siquiera una tarjeta?

BAR. Me quedaba una y la dí ayer para anunciarme.

FED. Lo mismo que yo. Me quedaba una... y la he hecho pasar...

BAR. (¡Es un farsante!)

COL. No hay medio de averiguar la verdad.

CAB. Si lo hay. (Con voz de trueno, plantándose entre los dos.) ¡Susana!

FED (Apartándole con mucha flema.) Un momento. Somos con usted en seguida. (A Claudio.) ¡Qué pesado es este señor!

BAR. ¡Insoportable!

COL. No nos embrolle usted más, capitán. (Cloé se lleva al capitán al fondo, calmándole.)

GAS. (Aparte.) ¡Margarita no me perdonará nunca el engaño!

COL. Hay un medio muy sencillo. Que nos hablen de las obras de Pablo Coudray. Así veremos...

BAR. Magnífica idea.

FED. Excelente... Y yo iré más lejos. Hablaré de la que estoy escribiendo ahora.

BAR. Y yo también.

FED. Se titula *¡Voz del pueblo!*

BAR. *¡Voz del cielo!*

COL. No acabaremos nunca.

BAR. Sí. Y muy fácilmente. (Encarándose con Federico.) Mi querido colega, ¿quiere usted que hablemos cinco minutos en particular?

FED. (En el mismo tono) Iba á decirle á usted lo mismo, querido compañero. Cinco minutos de conversación aclararán probablemente este misterio... que sólo puede provenir de una mala inteligencia.

COL. Bueno. Dejémosles solos.

BAR. Eso es. Cinco minutos.

CAB. ¡Nada más que cinco minutos!

CLOÉ Deme usted el brazo, capitán, daremos una vuelta por el parque.

CAB. Pero nada más que cinco minutos.

CLOÉ (Marchándose con él.) ¿Por qué no olvida usted á aquella ingrata que no supo comprenderle?... (Se van por el jardín.)

COL. (Llevándose á Margarita y Genoveva por el fondo derecha.) ¿No os parece que los dos se están burlando de nosotros?

MARG. ¿Y por qué?

GEN. Sí, ¿por qué?

COL. No lo sé; pero estoy muy escamado. (Se van.)

GAS. (Aparte á Barrois.) Lo mejor es confesar.

BAR. (Idem á Gastón.) No. Todavía no. Déjanos. (Gastón se va.)

ESCENA IX

FEDERICO, BARROIS

FED. Usted es el Sr. Claudio Barrois, amigo íntimo de Gastón Baudoin. Usted no es Pablo Coudray.

BAR. ¿Y usted?

FED. Tampoco.

BAR. (Alegremente.) Me lo había figurado.

FED. Yo soy Federico Colombin, hijo del dueño de esta casa.

BAR. Y por consiguiente hermano de la señorita Baudoin y de la señorita Genoveva.

FED. Exactamente. (Tendiéndole la mano) Tantísimo gusto en conocerle á usted.

BAR. (Idem ídem.) El gusto es mío.

FED. Usted ignora que mi hermana Margarita ha adivinado todo el complot que contra ella había usted fraguado con su marido.

BAR. ¡Imposible!

FED. Acaba de decírmelo.

BAR. ¡Demonio!

FED. Ya puede usted figurarse si estará furiosa.

BAR. Me lo figuro.

FED. Quería dar una campanada. Divorciarse, ¡que sé yo!

BAR. ¡Pobre Gastón!

FED. Yo he logrado calmarla, pero á condición de ayudarla á burlarse de su marido.

BAR. Es muy justo.

FED. Y por esa razón me he presentado aquí como Pablo Coudray. Mi cuñado debe tener un susto regular.

BAR. ¡Morrocotudo!

FED. ¡Magnífico!

BAR. Pero... ¿ustedes no se conocían?

FED. No. Yo hace diez años que me marche de casa. Ya ha visto usted que ni siquiera mi padre...

BAR. ¿Debo prevenir á Gastón?

FED. De ningún modo. ¿El está convencido de que soy Coudray?

BAR. Convencidísimo.

FED. Pues déjele usted.

BAR. ¡Ah! Ahí viene su hermana de usted. Les dejo.

FED. Sí, hágame usted el favor.

BAR. Me elimino. (Marchándose. Vase por el jardín.)

ESCENA X

FEDERICO, MARGARITA; luego GASTÓN

FED. ¡Todo va bien!... Tu marido no sospecha nada; cree que yo soy el verdadero Pablo Coudray y puedes hacerle rabiar cuanto quieras.

MARG. Sentémonos aquí. Y ahora, para irnos poniendo en situación, hazme el amor.

FED. ¿Persistes en tu idea?

MARG. ¡Ya lo creo! Anda, hijo, anda, no sea que esté ya mirando.

FED. ¡Rencorosa! ¿Te parece que el pobre hombre no ha sufrido ya bastante? ¡Has salido todita á papá!

MARG. ¿Quieres ó no ayudarme?

FED. Lo prometido es deuda. ¿Qué hay que hacer?

MARG. ¡Pareces tonto! ¡Hablarme apasionadamente! Decirme lo que digas á una mujer cuando quieras... que te entienda ¡Insinuarte!.. ¡Atreverte!

FED. En Africa, como no nos entienden... hacemos eso... por gestos.

MARG. ¿Pantomima? ¡Mejor! ¡Pero expresiva! ¡Anda, hombre!

FED. La verdad, hermanita, no es por ofender tu natural belleza... pero contigo no se me ocurre nada. Estas cosas en familia no resultan.

MARG. ¡Vamos, hombre! Haz gestos siquiera. ¡Expresivos!

FED. ¿Así? (Poniéndose las manos sobre el corazón y accionando exageradamente.)

MARG. No. Eso resulta ridículo.

FED. ¿Así? (Arrodillándose en postura análoga de brazos.)

MARG. Tampoco. Eso no se usa más que en las comedias. (Federico sigue haciendo gestos exagerados.) Vaya, ¿quieres tener formalidad? Habla, habla. Será mejor. Habla muy alto.

FED. ¡Hablar! ¡Hablar! Si no se me ocurre nada contigo.

MARG. Pues habla bajito, cuéntame cualquier cosa; pero aquí muy cerquita, casi al oído.

FED. ¿Así?

MARG. Eso es. Más cerca, hombre.

FED. Oye. ¿Y si ese no viene? Porque hace aquí un calor...

MARG. ¿Que no viene? (Mirando disimuladamente hacia el jardín, donde, bastante á lo lejos, se ve aparecer á Gastón haciendo como que lee un periódico y expiándolos.) Allí está.

FED. Lee un periódico. (Mirando de reojo.)

MARG. Disimula para expiarnos. Anda, empieza á contarme algo.

FED. (Inclinándose hacia ella.) Pues... Dos y dos son cuatro.

MARG. (Con muchos aspavientos de coquetería.) ¿De veras? Usted exagera. (Bajo.) Más pasión, hombre.

FED. ¡Y cuatro ocho, y ocho diez y seis!... Ya nos ha visto. Ya viene.

MARG. Por Dios, maestro, ¿qué dice usted?

FED. (En actitud muy amorosa.) Este era un rey que tenía tres hijas...

MARG. ¡No le creo á usted!

FED. Hace usted mal, señora, se lo juro... Tres hijas y las metió en tres botijas...

MARG. Cógeme una mano.

FED (Cogiéndola una mano.) Pon, pon, gallinita pon... (Gastón, desde lejos, hace un brusco movimiento, como quien nota, sin ver bien, lo que sucede, y echa á andar hacia una de las ventanas.)

MARG. ¡Oh, maestro, por Dios, no abuse usted de mi emoción!

FED. ¡Ya viene!... Por entre unas matas seguido de perros...

MARG. Había perdido ya toda esperanza de verle á usted. (Gastón entreabre una ventana para escuchar.)

FED ¡Ya está en la ventana!

MARG. No había usted contestado á ninguna de mis cartas.

GAS (Ha tenido el valor de escribirle.) (Metiendo el cuerpo por la ventana.)

FED ¡Que se cuela! Por prudencia. A causa de su marido de usted. He preferido venir en persona.

GAS. (¡Ah, canalla!) (Empieza con dificultad á pasar las piernas por el antepecho para cogerlos infraganti)

FED. ¡Que se nos viene encima!

MARG. ¡Abrázame!

FED. ¡Pobre hombre, lo que debe estar sufriendo, (La abraza.) y pobre de mí si me alcanza! (Da una vuelta entera parodiando los dúos de ópera al abrazarla, para esquivar el cuerpo del encontrón con el marido.) ¡Ah, Margarita!

MARG. ¡Ah, maestro, soy tuya!

GAS. ¡Ah, infames! (Dando un salto de tigre hacia ellos. Margarita echa á correr por un lado, dejándose caer en un sofá, como anonadada y riéndose al paño. Federico echa á correr hacia otro lado, esquivándose cómicamente tras un mueble. Gastón queda, por la rapidez del movimiento, solo en medio de la escena, en actitud amenazadora, como escogiendo su víctima, mientras los otros exclaman, ella al caer sobre el sofá ó sillón:)

MARG ¡Oh! ¡Terrible momento!

FED. (Al parapetarse.) ¡Eh! ¡Alto el fuego!

GAS. (Yendo hacia Federico.) ¡Canalla! ¡Cobarde! (Alzando el brazo para alcanzarle.)

FED. (Cómicamente trágico.) ¡Fratricida! ¡Detente!

GAS. (Parándose un segundo.) ¿Eh?

FED. ¡Vas á matar á tu cuñado!

MARG. ¡Ja, ja, ja! (Acercándose á su marido y señalando á Federico.) Te presento á mi hermano. Federico Colombin

GAS. ¡Cómo!.. ¡Qué!... ¡Federico!... ¿Tu hermano? (Emocionadísimo, alegre y enternecido á la vez) ¡Luego tú!.. ¡Luego él!... ¿No era verdad?... ¿Era una broma?

FED. Completa.

MARG. Mi venganza. A farsa, farsa y media.

FED. Y ahí la tiene usted... Ahí la tienes, cuñado, curada de poetas y queriéndote más que nunca

GAS. ¡De veras! ¡Margarita, mujercita mía! (Abrazándola. Ella se muestra muy cariñosa.) ¡Ay, qué ratito me habéis dado!

MARG. Vamos, todo está concluído y perdonado.

GAS. (Tendiendo la mano á Federico.) Y usted.. digo tú, ¡de buena has escapado!

FED. ¡Ya, ya! Pero yo soy así; todo por la paz de la familia. Ahora sólo me falta domesticar á papá.

GAS. De eso yo me encargo.

MARG. Ahí viene.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, BARROIS, COLOMBIN, GENOVEVA, CABRIAC, CLOÉ; luego FRANCISCO

COL. (Entra por el jardín con Claudio y Genoveva.) Está bien, Gastón, nos has engañado á todos. El señor Barrois acaba de contarme... Después de todo has hecho bien... Pero lo que es al tarambana de mi hijo, que se ha atrevido á presentarse aquí... (Buscándolo amenazador Federico se presenta sacando mucho el pecho para que le vea la cruz)

FED. Detente, papá. Mira (Señalando la cinta roja.) y abrázame.

COL. ¡Condecorado!... ¡A los veintiocho años! ¡Y yo que voy á cumplir cincuenta y dos!...

FED. Tú, lo serás para Enero. Me lo han ofrecido. (Colombin se decide á abrazarle) Si dura todavía este Gobierno.

COL. (Descorazonado.) ¡Entonces estoy fresco!

FED. Y mira (Señalando al grupo que forman Gastón y su mujer, completamente reconciliados.) ¡Eso también es obra mía!

COL. Algo bueno habías de hacer en tu vida. Pues mira. (Señalando al otro grupo que forman Barrois y Genoveva muy amartelados.) Eso es obra mía. ¡Los caso!

MARG. (A Gastón) Hay una sola cosa que no me explico. El retrato que me envió el librero.

GAS. Lo cambié yo. Ya te enseñaré el verdadero Pablo Coudray.

MARG. No, no quiero ni verlo. Lo quemas.

FED. Vamos, con este loco ha entrado el juicio en esta casa.

CAB. (Entrando con Cloé por el jardín.) Sepamos de una vez quién es el verdadero Coudray.

BAR. Yo no soy, capitán.

FED. Ni yo.

COL. Ninguno de los dos, capitán.

CAB. ¡Entonces hay tres! ¿Dónde está el otro?

COL. Desengáñese usted capitán; lo mejor será un buen divorcio y á olvidar á la ingrata.

CLOE (Muy insinuante.) Sí; buscar el olvido en nuevas pasiones.

CAB. Tiene usted razón. (A Colombin, estrechándole la mano.) ¡Usted es todo un hombre! (Idem á Cloé.) ¡Y usted también!

FRAN. Entrando.) Un grupo de touristas desea visitar la casa.

TODOS ¡Ah! ¡No, no! Basta de visitas.

COL. ¿Y cómo librarnos de ellos?

BAR. (Yendo rápidamente á escribir en un papel.) Es muy fácil. (Dándole á Francisco lo que ha escrito y leyéndolo.) Pegue usted este letrero en la puerta. «Esta casa ha dejado de ser *Morada histórica*. Se prohibe la entrada.» (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Este ejemplar, asimilado
á un manuscrito no puede venderse
al público y solamente se facilitará
á las Empresas los dos ejemplares necesarios para la representación
y bajo su estricta responsabilidad, en
casa de D. Florencio Fiscowich